

“NOS LLAMAN LADRONES Y SE ROBAN NUESTRO SALARIO”: HACIA UNA REINTERPRETACIÓN DE LA MOVILIZACIÓN RURAL SALVADOREÑA, 1929-1931

*Aldo Lauria Santiago y Jeffrey L. Gould**

Resumen

Este artículo examina los orígenes sociales de los movimientos que desencadenaron la revuelta campesina de 1932 en el centro-occidente de El Salvador. Utiliza fuentes orales y documentales nuevas, para trazar la forma en que el reformismo, la crisis económica y el activismo de los militantes comunistas lograron romper las barreras étnicas y regionales que dividían al campesinado occidental y estimular una movilización masiva.

* Aldo Lauria es Doctor en Historia por la Universidad de Chicago. Docente de Historia en la Universidad de Rutgers (estado de Nueva Jersey, EE.UU.) Correo electrónico: alauria@rci.rutgers.edu. Jeffrey L. Gould es Doctor en Historia por la Universidad de Yale, EE. UU. Docente de Historia y Director del Centro de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, Universidad de Indiana, Bloomington, EE. UU. Correo electrónico: gouldj@indiana.edu. Traducido por Margarita Novo Díaz, Gabriela Cerdas Ramírez y Anthony Goebel McDermott.

Palabras clave: El Salvador – Historia – revueltas – indígenas – campesinos – represión – comunismo – movimiento obrero – política

Abstract

This article delves into the social origins of the movements that triggered the 1932 peasant revolt in the central-western region of El Salvador. The authors used new oral and documentary sources to outline the way in which reformism, the economic crisis, and the communist activism managed to break the ethnic and regional barriers that divided the western peasantry and fostered a massive mobilization.

Keywords: El Salvador – History – revolts – indigenous – peasants – repression – communism – workers' movement – policy

¡Quien mandará aquí será el cambio!
Dicho campesino, 1931

Introducción

Los hechos fundamentales del levantamiento ocurrido en enero de 1932 son bien conocidos y en general indisputables. Miles de trabajadores y campesinos de un sinnúmero de municipalidades de las regiones central y occidental de El Salvador se sublevaron en la noche del 22 de enero y tomaron varios poblados en los departamentos de Sonsonate y Ahuachapán.¹ El Partido Comunista Salvadoreño (PCS) había planeado la insurrección tan solo dos semanas antes, pero para cuando la revuelta empezó, sus principales colaboradores en el ejército y muchos de sus dirigentes ya habían muerto o se encontraban en prisión. La respuesta de las élites de la región, así como la del gobierno central, fue rápida y brutal. El ejército tomó nuevamente todos los poblados en un plazo de tres a cinco días, y durante el siguiente mes las fuerzas gubernamentales y las milicias civiles asesinaron a miles de campesinos y obreros, particularmente en las áreas de mayor población indígena del occidente.²

En el transcurso de los últimos setenta años se han esgrimido cuatro tesis predominantes respecto a la interpretación del movimiento y la masacre, orientadas hacia distintos aspectos de los acontecimientos. La primera tesis interpretativa se centra en las causas estructurales de la revuelta. A finales de 1927, tras seis años de crecimiento desmedido, los precios y el volumen de las exportaciones de café empezaron a decaer. Esta disminución se fue incrementando en el curso de los siguientes años, provocando un golpe devastador a la economía salvadoreña, que dependía en gran medida de los altos precios y volúmenes de la exportación de café. La región occidental resultó ser la más afectada del país, tornándose en el principal sitio de la rebelión.³

La segunda tesis de importancia se enfoca en el aspecto político. Una enorme crisis política se inició cuando el presidente Romero Bosque (1927-1931) rompió con el *continuismo* oficial, permitiendo elecciones locales y presidenciales relativamente libres y democráticas. Como resultado de esta apertura política, el candidato presidencial reformista, Arturo Araujo, fue elegido presidente y gobernó cerca de nueve meses en 1931, en medio de una exacerbada crisis económica y el creciente desasosiego social y político en las zonas rurales. Las élites y sus aliados militares propusieron deponerlo, debido principalmente a su incapacidad de detener el creciente movimiento dominado por la izquierda en las zonas rurales, pero también por el caos administrativo que imperaba en su gobierno.⁴

El papel del Partido Comunista Salvadoreño representa la tercera área de investigación.⁵ Dentro de la izquierda, los debates a menudo se han centrado en el asunto de la línea política del PCS. Más recientemente, los estudiosos han cuestionado el grado real de influencia del PCS sobre el movimiento.⁶ La cuarta tesis interpretativa, el contenido étnico de la revuelta, se relaciona con la tercera, en el sentido de que algunos eruditos subrayan el distanciamiento del PCS de los problemas y la cultura de las comunidades indígenas.⁷ La mayoría de las comunidades indígenas sobrevivientes, y el grueso de la población salvadoreña identificada como indígena, se ubicaban en

el occidente.⁸ Los antiguos conflictos sobre la tierra y el control político local contribuyeron en gran medida a su movilización.⁹ Esa historia de la tensión étnica también ayudó de manera significativa a moldear la dimensión incuestionablemente racista de la represión.¹⁰ Los estudiosos sostienen que el liderazgo indígena de las cofradías jugó un papel vital en el movimiento revolucionario, pero estuvo aunado a las tensiones, la ambigüedad y diferencia social implícita en su alianza con dirigentes izquierdistas que eran ladinos y urbanos.

La producción académica que ha centrado su atención en estos temas, ha ayudado a dilucidar las causas de la insurrección y la represión. No obstante el gran valor de la literatura existente, la hallamos inadecuada, en gran parte debido a que los estudiosos tienden a favorecer una línea de pensamiento por sobre las otras, evitando por consiguiente y con algunas excepciones, agotar todas las posibilidades de investigación. Sin embargo, la falla más grande de la literatura ha sido la falta de percepción del fondo del asunto: las experiencias, motivaciones y orígenes de la resistencia y la movilización campesina.

El análisis de William Roseberry sobre el concepto de hegemonía resulta útil al tratar de entender las relaciones ideológicas y culturales entre las élites y los grupos subalternos. Él sostiene que debemos estudiar la hegemonía bajo los siguientes términos: “Lo que la hegemonía construye, por ende, no es una ideología compartida sino un marco material y conceptual compartido, mediante el cual vivimos, y a través del cual podemos hablar y actuar sobre órdenes sociales caracterizados por la dominación”. Este artículo intentará explicar por qué la élite salvadoreña y sus aliados, religiosos y políticos, enfrentaron una tarea extraordinariamente difícil al intentar establecer tal marco discursivo. En este artículo intentaremos ahondar, en palabras de Sidney Mintz, el momento en que “... las poblaciones llegan a reconocer que la opresión percibida no es meramente un asunto de tiempos *malos*, sino de tiempos *malignos* -cuando, en resumen, cuestionan la *legitimidad* de la asignación existente del poder, en lugar de las condiciones de dicha asignación.”¹¹

La combinación de estudios orales y de archivo que se hace en este artículo, nos permite aproximarnos a las áreas de conciencia y relaciones étnicas durante el período de movilización, temas que generalmente han sido estudiados más bien desde una óptica distante. Vinculamos el argumento de una débil hegemonía elitista -o sea, un deficiente marco conceptual de comunicación significativa con los grupos subalternos- con una discusión sobre los elementos que contribuyeron al éxito de la movilización rural. En primer lugar, argumentamos que de las transformaciones estructurales de la década de 1920 surgieron dos grupos sociales relativamente nuevos, a saber, los colonos y los semiproletarios rurales, ambos con un papel relevante en la movilización. Estos nuevos “precipitados del capitalismo” se encontraban históricamente arraigados en la región. Sin embargo, carecían de fuertes lazos paternalistas con la élite agraria para la cual trabajaban.¹²

En segunda instancia, en el frente ideológico, la élite agraria y la reducida oligarquía de banqueros-procesadores-comerciantes que la respaldaba, se mantuvieron a la defensiva durante los últimos años de la década de 1920, merced, en parte, al surgimiento de una cambiante cultura política reformista, urbana y de clase media. El discurso del mestizaje, una ideología nacionalista sobre la mezcla de razas alimentada por medio de procesos culturales de “desindigenización”, constituyó un importante elemento en la crítica reformista. En tanto el discurso del mestizaje fue piedra angular del nacionalismo en otros países, como México y Nicaragua, en El Salvador el mismo discurso y las mismas prácticas tuvieron efectos negativos que, de distintas maneras, fomentaron la movilización autónoma de los pueblos indígenas. Adicionalmente, encontramos que aunque las relaciones étnicas jugaron un papel preponderante en la movilización, lo hicieron de manera compleja y contradictoria. Cualquier intento por concebir la movilización y la revuelta como un conflicto étnico *tout court* deja por fuera más de lo que abarca. A pesar de que la etnicidad como herramienta analítica es esencial para la comprensión del movimiento, no fueron las ideologías étnicas las que motivaron a un número sustancial de los protagonistas.

En tercer lugar, argumentamos que los fuertes modelos de patriarcado y el diario enfrentamiento con la violencia también contribuyeron a la movilización. En otras épocas, el patriarcado ha formado una parte vital de la hegemonía elitista o nacionalista. En el occidente de El Salvador, sin embargo, encontramos que el patriarcado indígena se enfrentó con el problema del creciente contacto, en ocasiones coercitivo, del terrateniente ladino con las mujeres indígenas. Es más, la violencia era una dura realidad que la familia campesina y la vida comunitaria enfrentaban, predisponiendo a los campesinos a responder violentamente ante amenazas o enfrentamientos.

Finalmente, nos parece que la brecha entre los mundos de los militantes comunistas y los campesinos indígenas no debe exagerarse: este artículo pretende explorar esas conexiones intrínsecas entre clases, ideologías étnicas y protagonistas. Demostraremos qué tan decisivamente influyeron los indígenas y los ladinos pobres de las zonas rurales sobre las estrategias, tácticas y modelos organizacionales, del movimiento radical que estremeció los cimientos de la sociedad salvadoreña antes de ser devastada por la pesadilla de una matanza.¹³

Clase, tierra y trabajo en el Occidente de El Salvador en la década de 1920

La mayoría de las descripciones contemporáneas de las zonas rurales de El Salvador hacia 1920 hacen énfasis en la coexistencia simbiótica de campesinos parceleros y grandes fincas productivas. Aunque apuntaban que El Salvador no predominaba el gran latifundio, los viajeros mencionaban los lazos comerciales que existían entre los pequeños parceleros y los grandes terratenientes, unidos por “la energía y la fuerza impulsora que los caracteriza como nación.”¹⁴ Comentaban cómo “la mayor parte del trabajo ...es llevado a cabo por los agricultores independientes en su tiempo libre”,¹⁵ y cómo “la distribución de la tierra en forma más equitativa resultó en que la mayoría era dueña de su propio terreno”, creando las “muchas propiedades individuales” en el “territorio

cafetalero” de El Salvador”.¹⁶ Estos pequeños parceleros y sus familias constituyeron “el grueso de la mano de obra durante la temporada de recolección del grano”, quienes “primero terminaban de recolectar el propio y luego, junto con sus esposas e hijos, se iban a trabajar a una de las grandes fincas cercanas... Allí se unían a los voluntarios provenientes de afuera, así como a otra clase como ellos, constituida por pequeños agricultores que sembraban otros cultivos además del café...”¹⁷ Notaban que había “parcelas y parcelas sembradas de café tan grandes como la plaza de un pueblo, las cuales pertenecían y eran labradas por algún campesino propietario”, argumentando que los campesinos y obreros “jamás habían sufrido la rapacidad de los grandes terratenientes”.¹⁸ Una opinión que cristaliza esta perspectiva explica: “El país es una gran finca, con toda su gente trabajando y sin desperdicio de tierras. Prácticamente cada hombre es dueño de un pequeño terreno, o al menos tiene una buena casa en una de las grandes plantaciones. Aún el más pobre tiene algo que perder en caso de una revolución, y por ende todas son personas pacíficas.”¹⁹

Los observadores también veían a los indígenas como una casta casi privilegiada de pequeños propietarios. Un gobernador reformista de Sonsonate escribió: “la economía de los izalcos encierra una sorpresa para quien adentre un tanto en su organización...la gran propiedad, el latifundio criollo, es casi desconocido (en esa región)... una infinidad de pequeños retazos...,” cada pequeña finca tenía “potreros vivos, frutos, cereales, madera” y productos para vender en la ciudad de Sonsonate. De manera similar, en Nahuizalco “cada vivienda es una pequeña fábrica y la mujer una excelente manufacturera” produciendo “petates, tumbillas, huacales, etc.”²⁰

Tales descripciones, aunque resultaban absurdas para la mayoría de campesinos salvadoreños al final de la década, no eran del todo imprecisas diez años antes. Sin embargo, no lograron captar las transformaciones históricas que se desarrollaban en las zonas rurales, particularmente en el occidente, donde el crecimiento desmedido de la industria cafetalera había incrementado la fricción entre

los grandes productores y los campesinos pobres. Tampoco lograron mostrar la naturaleza estratificada propia del paisaje agrario del occidente de El Salvador. Las haciendas de la época colonial, cuya producción había sido incrementada a principios del siglo XX, constituían un estrato. Aún después de subdividir las eran estas propiedades excelentes, que algunas veces le permitían al dueño combinar cultivos de café, azúcar y granos, con la ganadería y la extracción de madera. El segundo estrato estaba formado por un importante sector de pequeños parceleros y campesinos (como se describió en los relatos anteriores), que surgió del proceso de privatización de tierras comunales y municipales de finales del siglo XIX. Finalmente, el tercer estrato lo constituían campesinos ricos y colonos empresarios que poseían fincas productoras de regular tamaño, formadas a partir de tierras municipales o lotes baldíos. Para principios del siglo XX, estos tres estratos cubrían el paisaje rural occidental de tal forma que ya no existía frontera agraria alguna.²¹

El café fue el motor que transformó el occidente salvadoreño durante las décadas de 1910 y 1920. Tras un largo período de expansión lenta, transcurrido entre 1880 y 1910, las tierras sembradas de café aumentaron de 61.000 hectáreas en 1916 a 100.000 hectáreas en 1933 —un crecimiento del 60%—, en tanto la producción, los precios y las exportaciones se incrementaron en tasas aún mayores. En el Departamento de Santa Ana, un sector capitalista robusto y de gran trayectoria, casi triplicó su producción de café. Por otro lado, La Libertad, otro departamento que surgió como un nuevo territorio cafetalero a principios del siglo XX, logró duplicar su producción. La mayoría de las fincas cafetaleras no eran grandes latifundios: de los 3.400 cafetaleros comerciales, 350 poseían 75 manzanas o más de terreno y producían el 45% de la cosecha (en 1920).²² El mayor crecimiento en la producción provino de los productores comerciales de mediana escala, con cafetales productivos que oscilaban entre las 10 y las 50 manzanas de terreno, que producían cerca de un tercio de la cosecha nacional. Estos productores de mediana escala consolidaron pequeñas fincas y aumentaron

la productividad, lo que resultó en un incrementado en la concentración del dominio de la tierra.

El desarrollo demográfico también contribuyó a la concentración y desposesión de la tierra. Entre 1880 y 1930 la población del país casi se duplicó favoreciendo, ante la ausencia de algún tipo de desarrollo urbanístico o industrial importante, el surgimiento de un creciente estrato de campesinos desposeídos en la década de 1920.²³ Además, la división por herencia de las parcelas antes comunales, tuvo un duro impacto en los hogares campesinos. Como resultado de esto, un número creciente de pequeños propietarios cayó gradualmente en las filas de los colonos, inquilinos o desposeídos. Para 1930, cerca de la mitad de los hombres adultos de la zona rural occidental carecían de tierra suficiente, lo que los obligó a trabajar como semiproletarios o colonos.²⁴

Un alza significativa en el valor de la tierra, ocasionada por el aumento en el precio del café y por las exorbitantes ganancias, disparó el proceso de concentración de la tierra. El Departamento de Agricultura estadounidense estimó que el valor de la tierra oscilaba entre cien dólares por manzana, en los distritos más remotos, y quinientos dólares en las mejores ubicaciones. Se pagaban precios más altos por lotes colindantes con grandes plantaciones: algunos llegaron a pagar hasta \$2.500 por parcelas pequeñas.²⁵

En el occidente, la alta densidad del uso de la tierra, los elevados precios de la tierra y la carencia de una frontera agrícola, motivó a muchos terratenientes e inversionistas a presionar a los pequeños propietarios para que vendieran o hipotecaran sus parcelas. Alrededor de 1930, Mariano Zapata, uno de los dirigentes estudiantiles ejecutados después de la revuelta de 1932, narró un diálogo que sostuvo con un parcelero, y que ilustra este proceso. Un acaudalado terrateniente presionaba a un pequeño propietario para que le vendiera su tierra, con la propuesta de que se quedara allí como colono. Zapata convenció al pequeño propietario de que vender no era su mejor opción, y el hombre decidió resistir a la presión. Pero, al enfermar su esposa, se vio obligado a pedirle dinero prestado al empresario, pagando el cinco por ciento de interés mensual

e hipotecando su propiedad. Pocos meses más tarde, al no poder pagar, perdió su propiedad.

“Al tiempo justo, jurando de que los intereses no habían sido pagados, se demandaba el traspaso de la finca y el hombre que había nacido libre y que lo era hasta hacia pocos meses, quedaba en calidad de colono: ya no pudo tener sus cerdos ni sus bueyes, ni su carreta, ni sus gallinas, porque el nuevo propietario plantó de cafetos hasta el patio de su propio rancho.”²⁶

La historia de Zapata se repitió por toda la región, al mismo tiempo que las filas de los colonos se engrosaban.

El censo cafetalero de 1938 destacó la aparición de los colonos como un grupo social importante, (aún con la posibilidad de alguna variación entre 1932 y 1938): cerca del 18% de toda la población rural del occidente de El Salvador vivía en fincas productoras de café, ya fuera como obreros residentes o administradores –totalizando cerca de 55.000 personas radicadas en unas 3.000 fincas, mientras que las grandes haciendas tenían unos cientos de colonos cada una.²⁷ El colonato generalmente incluía la incorporación de campesinos a una finca o hacienda, a cambio del acceso a la tierra o por un salario. Pero en el occidente el colonato desarrolló un significado más específico. Mientras que en el oriente salvadoreño el término por lo general implicaba el pago de un alquiler fijo en especie, en el occidente se tornó más importante para los hacendados como una manera de asegurar mano de obra barata, más que para asegurar el ingreso por renta o producción agrícola.²⁸ La mano de obra de los colonos residentes era más barata, ya que los costos de transferencia de efectivo eran menores, y el terrateniente también podía generar ingresos adicionales por concepto de tarifas por el uso de la tierra, por vivienda y por venta de mercancías. Los agricultores comerciales y los hacendados les otorgaban a los obreros residentes acceso a pequeñas parcelas a cambio de salarios más bajos o sin paga alguna. En 1929, un funcionario del Servicio Agrícola de los Estados Unidos informó que:

“Cada administrador de finca se esfuerza por tener el mayor número de trabajadores permanentes posible. Estos obreros, conocidos como “colonos” y constituyen uno de los factores más importantes de la industria, ya que se puede depender de ellos para

que trabajen todo el año, recibiendo capacitación en todas las diferentes operaciones. En contraste, al jornalero se le emplea sólo durante la época de recolección y, sus condiciones de vida no son, por supuesto, tan satisfactorias como las de los trabajadores permanentes, a quienes se les proporciona una pequeña casa, alimento y otras necesidades... Casi siempre hay tareas que cumplir en las grandes fincas, ya que operan casi los doce meses del año y, al no tener problemas financieros, pueden emplear y conservar a los trabajadores indefinidamente. Muchas de las grandes plantaciones tienen pequeños comisariatos, cuentan con su propia iglesia y son en realidad pequeñas comunidades más que simples fincas”.²⁹

Comenzando a finales de 1927, una baja en los precios del café obligó a los propietarios a reducir gastos y, como resultado, los colonos se convirtieron en mano de obra cautiva: bajo condiciones miserables de vida, se veían forzados a trabajar cada vez más para poder tener acceso a la tierra, pero ahora sin los beneficios usuales de un salario estable.³⁰ La crisis perjudicó a los colonos occidentales de dos maneras. Los alquileres y otros cargos aumentaron, así como la cantidad de trabajo, mientras que los salarios bajaron. Para 1931, muchos agricultores, incluyendo los más acaudalados, les cobraban a los trabajadores y a los colonos por el acceso al agua.³¹ Un documento interno de un sindicato de 1930, no tenía necesidad de corroborar con sus propias investigaciones la situación precaria que enfrentaban los colonos.

“He aquí un ejemplo que publicó la prensa burguesa ... que nos da una idea clara de lo que es el colono: “Quien haya estado un día siquiera en una de esas que se llaman grandes haciendas, se habrá dado cuenta de como tratan los “patronos” a sus *colonos*: por una manzana de terreno que les dan en arriendo para el cultivo del maíz, se hacen pagar 15 o 20 con moneda corriente, o, dos fanegas de maíz de corretaje, quedando el pobre colono obligado a trabajar las labranzas de la hacienda seis u ocho semanas devengando un mísero jornal... (uno, dos y tres reales diarios; 12, 25, 35 o 36 centavos diarios). El desgraciado colono no trabaja mas que para el patrón... Hay patronos que por cualquier motivo niegan en parte o en su totalidad su miserable salario al jornalero.”³²

Las crudas condiciones contractuales y laborales, así como la carencia de relaciones paternalistas, reforzaron el sentimiento de los colonos de que la propiedad de

la burguesía era ilegítima o, según las palabras de Mintz, que los “tiempos malignos” reinaban en las plantaciones. Este sentimiento cobraba aún más fuerza en las fincas de mediana escala que habían surgido de las tierras indígenas. El mensaje sobre la reforma agraria, iniciado por los seguidores de Arturo Araujo durante la campaña presidencial de 1930, resultaba muy atractivo para los colonos. A diferencia de sus contrapartes en la mayoría de los países latinoamericanos —especialmente después del gobierno de Araujo (marzo-diciembre de 1931) que no logró poner en práctica una reforma agraria significativa— los colonos participaron activamente en el movimiento revolucionario, hasta el punto de convertirse quizás en los principales protagonistas. Según sugiere el siguiente testimonio de la hija de unos colonos de una de las grandes haciendas productoras de café y caña, este grupo tuvo una participación muy activa en la organización laboral y, posteriormente, en el movimiento revolucionario:

“Éramos originarios de Cojutepeque, y mis padres y yo nos mudamos a El Guayabo cuando era adolescente. Aquí éramos colonos, al igual que todas las familias del cantón. [Mi padre] era *caporal* de la hacienda San Isidro a cargo de la cuadrilla de recolectores de café. Yo cogía café con mi madre y vendíamos productos en el mercado de la hacienda. Cuando me casé también obtuvimos una parcela como colonos en El Guayabo. Mis padres eran sindicalistas muy activos que no dejaban de asistir a las reuniones nocturnas. Realmente creían que nos darían tierra a todos y que iban a repartir las de San Isidro.”³³

Los pequeños propietarios indígenas que dependían de la mano de obra asalariada para el sustento de sus familias (semiproletarios), formaron el otro grupo social clave que en la década de 1920 emergió en el occidente salvadoreño. Un observador señaló, a mediados de la década, que “en general, las pequeñas propiedades rurales no siempre pueden producir lo suficiente para alimentar a la familia”, por lo que estos propietarios se veían en la necesidad de unirse a las filas de los trabajadores temporales, quienes usualmente superaban en número a los trabajadores permanentes en las plantaciones cafetaleras en una relación de al menos 3:1. Durante el apogeo de la

década de 1920, la disponibilidad acrecentada de mano de obra asalariada, y los pequeños aumentos en los salarios, compensaron en forma parcial el aumento en la escasez de tierras, pero desde 1928 la demanda comenzó a disminuir, y los salarios se desplomaron dramáticamente en 1931. Los terratenientes mostraron más interés en mantener los salarios y otros costos al mínimo.³⁴ En agosto de 1931 el cónsul estadounidense notaba la aguda disminución en los salarios, y sus efectos:

“Se dice que un agricultor de gran escala bajó los salarios de 6 ó 7 colonos semanales que pagaba el año anterior a 1,25... Es indiscutible que el poder adquisitivo de la clase trabajadora, especialmente en los distritos rurales, ha sido claramente cercenado. La apariencia andrajosa de los trabajadores es evidente.”³⁵

El mundo de estos semiproletarios se formó en cantones como Cuyagualo y Cuntún, ubicados en los perímetros del densamente poblado Izalco, y en los cantones rurales de Nahuizalco. La usurpación ladina de las tierras y la partición de las concesiones originales de tierras comunales obligaron a la mayoría de las familias indígenas a tomar empleos temporales. Muchos aldeanos trabajaban durante las temporadas de siembra, poda y cosecha en las grandes haciendas del este de Izalco, tales como San Isidro y Los Lagartos. Típicamente, los aldeanos dejaban sus hogares por dos semanas y regresaban domingo por medio. Para 1930, esos viajes a casa de los domingos se utilizaban para asistir a las reuniones sindicales y de izquierda que se efectuaban en sus cantones.³⁶

La débil presencia cultural e ideológica de la clase dominante favoreció la movilización de los colonos y los semiproletarios, pues estos enfrentaban una élite que tenía un fuerte sentido de identidad y del poder de sus riquezas, pero que permanecía socialmente distante de sus empleados. La década de 1920 fue testigo de la ruptura de los pocos lazos paternalistas que unían a la población rural pobre con los terratenientes y agricultores más acaudalados. Por un lado, la nueva escala del colonato y mano de obra asalariada de las grandes haciendas, que implicaba decenas de miles de trabajadores movi-
lizados anualmente para la recolección de café y caña

de azúcar, no favorecía un contacto paternalista entre los dueños de las tierras y sus trabajadores.³⁷ Por otro lado, los agricultores más ricos vivían en las capitales de los departamentos y casi no visitaban sus propiedades, por lo que había un contacto mínimo con los cientos de trabajadores permanentes, y aún menos con la fuerza laboral temporal.

Aún antes de la crisis, los observadores hacían alusión a la distancia, potencialmente peligrosa, que existía entre patronos y empleados. Un informe anotaba: “las condiciones a las que está sujeta su labor (a fin de mantener la fase de los costos de producción al mínimo) no contribuyen mucho al descanso nocturno que pueda tener el propietario de una plantación con la conciencia tranquila”.³⁸ El bajo nivel de hegemonía era obvio para la burguesía agraria mucho antes de que surgiera la organización seria de la mano de obra rural. Se puede observar esto en las declaraciones de John Hill, uno de los caficultores más conocidos y el más moderno de El Salvador. A mediados de 1927 —cuatro años antes de la profundización de la crisis económica y del dramático aumento en la organización rural— Hill hizo el siguiente comentario en relación con la creciente presión que ejercían los trabajadores en pro de la reforma:

“¿El bolshevismo? Sí claro,... Está llegando lentamente. Los obreros se reúnen los domingos y se emocionan mucho... Sí, un día de tantos habrá problemas... Ellos dicen: ‘¡Cavamos los hoyos para las plantas! ¡Limpiamos la maleza! ¡Podamos los arbustos!! ¡Recolectamos el café! ¿Entonces, quién se gana el café? ¡Nosotros!’... Hasta han escogido las parcelas que más les gustan, ya sea porque les agrada el clima o porque piensan que los árboles son mejores y producirán más. Sí, uno de estos días habrá problemas...”³⁹

La arrogancia y opulencia de los agricultores aseguraban que el trabajador rural no creyera que tan miserables salarios eran producto de las fuerzas del mercado. Aunque los márgenes de ganancia no eran del conocimiento público, deben haberles parecido obscenos a los trabajadores. En una sola plantación, se estimaba que las ventas anuales de café llegaban casi al medio millón de dólares, en tanto las planillas alcanzaban apenas los

\$10,000.⁴⁰ La falta de facilidades para vivienda y escuela, y una alimentación por debajo del estándar, eran muy frecuentes. La crisis llevó a los terratenientes a aumentar el alquiler a los colonos, a la vez que les cobraban tanto a trabajadores como a colonos por el uso del agua y la leña, y aumentaban los precios de los artículos que vendían en las tiendas.⁴¹ Este dramático aumento en la explotación terminó por romper los débiles lazos paternalistas que habían unido a los finqueros ricos y a los hacendados con sus trabajadores.

La obstinada oposición de los terratenientes a la reforma agraria también incentivó la organización de una oposición izquierdista. Los agregados militares estadounidenses revelaron de qué manera la mentalidad reaccionaria de los terratenientes más acaudalados facilitó esa organización de izquierda:

“Les apoyan en gran medida las ideas reaccionarias de prácticamente todos los grandes terratenientes, que no quieren perder ninguna porción de sus tierras para que surja una clase media. Los argumentos que tienen se resumen así: “Si les vendemos tierra a esos *mozos*, no habrá nadie que quiera recoger café. Lo mejor es que las cosas sigan tal como están. Lo cierto es que hace tres años les pagamos salarios muy altos, y ¿qué pasó? ¿Mejoraron sus condiciones de vida? No...Simplemente se emborracharon dos días más a la semana de lo que lo hacen ahora. Esos *mozos* están felices, y mientras no conozcan otra cosa, ¿para qué preocuparse por cambiar?”⁴²

La intransigencia de las élites y de los medianos productores en relación con los temas de la mano de obra y las tierras, socavó aún más la posibilidad de establecer formas elementales de dominación hegemónica. Por supuesto, había algunos sectores rurales en el occidente salvadoreño que respetaban a la élite y sus reclamos. Particularmente, en aquellos pueblos y villas donde los indígenas eran parte del movimiento, los pequeños agricultores y trabajadores ladinos participaron con menos frecuencia. De manera similar, en algunos pueblos los pequeños agricultores lograron sobrevivir sin necesidad de trabajar como mano de obra en otras fincas, debido en parte a los lazos paternalistas que los unían con agricultores más prósperos. No obstante, nuestras investigaciones

han llevado a un descubrimiento paradójico: a pesar de las importantes variaciones en las historias locales y municipales, en relación con las tierras y la mano de obra y las diferencias en las relaciones entre clases, a finales de la década de 1920 tuvo lugar una importante convergencia de experiencias del sector popular, que le dio fuerza al movimiento a pesar del sostenido poder económico de las élites agrarias.

Tanto la memoria y el mito del fácil acceso a la tierra que existía en el siglo XIX como la práctica sancionada por el Estado en esa época de garantizarle a las comunidades suficiente tierra para sus necesidades persistían aún entre la población rural de bajos recursos. Esto favorecía la creencia campesina de que la propiedad privada de grandes porciones de tierra era ilegítima y mal habida.⁴³ Estos recuerdos de la disponibilidad de tierras y de la pérdida de estas se mezclaron con una tradición regional de lucha colectiva en pro de los derechos comunales y fueron creando una generalizada aceptación ideológica de la reforma agraria radical y de la lucha armada. Los trabajadores y campesinos del occidente salvadoreño estaban profundamente arraigados en la región y no se encontraban dispuestos simplemente a abandonarla, como podría haber sucedido en épocas de crisis en otras zonas de grandes plantaciones. Por el contrario, permanecieron en la región y plantearon sus demandas ante el Estado y la élite.⁴⁴

Las corrientes políticas reformistas ayudaron a crear un clima político más democrático, lo que coartó la capacidad de la burguesía de resistir esas demandas a nivel local. Un movimiento en pro de la autonomía política local empujó a la política municipal a abandonar las redes y canales oficiales. Para 1927, la capacidad de las élites de utilizar la política local y las redes de patronato como un sistema de control social se había debilitado enormemente, contribuyendo a la apertura política propia de este periodo.⁴⁵ Para 1929, la élite agraria sólo podía apoyarse en el Estado y sus instituciones represivas para controlar la organización de las fuerzas laborales, tanto en las ciudades como en el campo, según evidencia una carta enviada al Presidente Romero Bosque por 1.000 “ciudadanos importantes”, en la

que reclamaban por su “falta de energía” para reprimir las huelgas y las organizaciones laborales.⁴⁶

El reformismo del sector medio y la radicalización de la década de 1920

Una creciente ola de sentimientos reformistas y antiimperialistas coartó la capacidad del Estado para responder a las movilizaciones de las clases trabajadoras urbanas y rurales ocurridas a finales de la década de 1920. De hecho, durante ese decenio una importante crítica a las estructuras políticas y económicas de El Salvador surgió entre los crecientes sectores urbanos de clase media.⁴⁷ Estas corrientes políticas e ideológicas, junto con la creciente confrontación llevada a cabo por trabajadores y campesinos, obligaron a las élites a estar a la defensiva.

Al igual que en otros países latinoamericanos, los artesanos urbanos —conocidos como “obreristas”—, así como los estudiantes e intelectuales, desarrollaron fuertes críticas reformistas, que eran al mismo tiempo nacionalistas, unionistas (centroamericanistas), antiimperialistas y anticapitalistas. Los artesanos y obreros calificados constituían una parte importante de la población urbana de El Salvador, y por lo menos desde la década de 1880 desempeñaron un papel crítico en la política local y nacional, a menudo articulando demandas de reformas sociales y políticas.⁴⁸ Los obreros y los estudiantes también jugaron un papel relevante al vincular el nacionalismo y antiimperialismo con otras luchas relacionadas con salarios, alquileres, tarifas eléctricas, préstamos extranjeros y tarifas de ferrocarril más favorables.⁴⁹

La intervención política, militar y económica de Estados Unidos en la región, también contribuyó significativamente al surgimiento de discursos y organizaciones reformistas y revolucionarias. Aún antes de la lucha armada de Sandino en contra de las fuerzas estadounidenses en Nicaragua, El Salvador se destacaba por su oposición a cualquier forma de intervención estadounidense en el istmo.⁵⁰ La resistencia sandinista obtuvo apoyo en El Salvador: los comités de campesinos y artesanos recaudaron

fondos para Sandino, hubo protestas frecuentes, y docenas de voluntarios se unieron a sus filas, entre ellos el reconocido Farabundo Martí.⁵¹ El fervor antiimperialista no se limitaba al área capitalina, según narra Reynaldo Galindo Pohl en sus memorias sobre la vida provincial: “Hubiera sido difícil encontrar en Sonsonate una persona que no manifestase ideas antiimperialistas”.⁵² Asimismo, miles de salvadoreños provenientes de diversos sectores asistieron a las marchas antiimperialistas convocadas por el movimiento, que para 1929 mostraba una clara conexión con las organizaciones de izquierda. Por ejemplo, la represión ejercida por el gobierno durante una marcha antiimperialista en Santa Tecla, incidió directamente en la creación de un ramal salvadoreño del Socorro Rojo Internacional, una organización izquierdista que brindaba auxilio a víctimas de la represión política.

Durante la década de 1920, la clase dominante se vio aún más cuestionada por las persistentes críticas públicas sobre el aumento en la distribución desigual de la riqueza. Algunos periódicos nacionales, como *Patria* y el *Diario Latino*, continuamente publicaban editoriales sobre la necesidad urgente de reformas a favor de los campesinos, los trabajadores rurales y los indígenas. Por otro lado, los periódicos provinciales como el *Heraldo de Sonsonate*, también protestaban en contra del sistema económico. Uno de estos artículos, por ejemplo, manifestaba que las “empresas explotadoras... forman la peste maldita que estrangula la justicia (y) que aumenta el porcentaje de miserables”. Defensores de la fuerza laboral rural también condenaban a los terratenientes, afirmando que “la vida en las fincas... es pesada por la monotonía del trabajo diario y por la manutención que se reduce a dos tortillas grandes y frijoles con estiércol de gallinas, cocidos sin sal ni cebollas, duermen bajo los árboles del café”.⁵³ Los periodistas también criticaban la concentración de la tierra en la economía cafetalera, y apoyaban las medidas en pro del disminuido grupo de pequeños caficultores.⁵⁴ Estas críticas al capitalismo agrario coincidieron con los ataques al monopolio ferroviario, en manos extranjeras, de los Ferrocarriles Internacionales de Centro América, así como contra los préstamos extranjeros.⁵⁵

Los proponentes de la ideología del “Vitalismo”, así como el movimiento estudiantil, formaron también parte de la corriente reformista. Alberto Masferrer promovió su programa vitalista a través de la organización “Unión Vitalista” y de su diario *Patria*. El movimiento buscaba maneras de “garantizar las necesidades básicas” a la clase trabajadora del país, impulsando un equilibrio armonioso entre el capital y la mano de obra, mediante una reforma agraria moderada.⁵⁶ También los estudiantes universitarios desempeñaron un papel relevante durante este período. En la década de 1920, estudiantes reformistas organizaron el “Movimiento Renovación” y la Asociación General de Estudiantes Universitarios Salvadoreños (AGEUS). Sus esfuerzos organizativos se extendieron más allá del campus universitario, en la forma de protestas y marchas en contra de los préstamos extranjeros, los alquileres altos, las tarifas de tranvía y de servicios eléctricos, los monopolios extranjeros y el militarismo.⁵⁷

El clima reformista propició el surgimiento y el éxito de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS). La crisis económica de finales de la década de 1920 dio impulso a los artesanos para unirse a las filas de la mano de obra asalariada, alentando en consecuencia la expansión de la organización laboral. El FRTS constituyó una parte vital de la corriente reformista. En una sola manifestación, el FRTS movilizó a 10.000 personas en San Salvador, con oradores de la Liga Antiimperialista de la clase media alternando con obreros. Los oradores creaban amplias conexiones ideológicas, que abarcaban desde la oposición a la intervención norteamericana en Nicaragua hasta el apoyo al presidente mexicano Calles en su confrontación con los intereses estadounidenses.⁵⁸ Carlos Gregorio López ha llamado la atención hacia el fuerte desarrollo del nacionalismo radical antiestatal y antiimperialista en el movimiento obrero salvadoreño. Un manifiesto del FRTS de 1926 enumeró así sus objetivos: la independencia de Puerto Rico y las Filipinas, la internacionalización del Canal de Panamá y la nacionalización de los ferrocarriles y otros servicios públicos.⁵⁹

Estas tendencias de la década de 1920, impulsadas por la crisis económica, resultaron eventualmente en el

apoyo masivo a la campaña presidencial del reformista Arturo Araujo. La participación masiva de miles de campesinos que votaron por Araujo en las elecciones de 1931 (no obstante la oposición del PCS), llevó a la creación de un movimiento de relativa autonomía entre los defensores de los artesanos, los obreros y los campesinos. Quizás el mayor despliegue de fuerza de la base araujista, fue la marcha masiva de campesinos que lo escoltaron en su ingreso a la ciudad de Sonsonate, como parte de la campaña presidencial de 1931:

“Don Arturo, quien encabezó el desfile, montaba una yegua de pura sangre, importada de Inglaterra, marchaba a paso corto, con el sombrero en la mano, y saludaba la multitud que se aglomeraba en aceras, puertas y balcones... Seguían a don Arturo unos tres mil hombres a caballo, en filas de cuatro en fondo, con los sombreros bien calados, las cabalgaduras “sofrenadas”... Detrás de aquel impresionante desfile de jinetes y caballos, venía un inmensa masa de gente a pie, compuesta de campesinos. Vestían como era entonces usual, pantalón de dril y camisa de manga, e iban limpios y con las ropas bien planchadas. Destacaban los grandes sombreros de paja.”⁶⁰

Entre 1930 y principios de 1931, el araujismo surgió como un movimiento reformista, con importantes nexos con la fuerza laboral.⁶¹ En general, este movimiento compartía, y en ocasiones competía, con la izquierda por el apoyo de los trabajadores y los campesinos, al punto que aún durante la insurrección de 1932, muchos activistas simpatizaban tanto con el araujismo como con el PCS. En el nivel local, la alianza multclasista de Araujo representaba un reto a las viejas redes de patronazgo controladas por la burguesía local. En el ámbito nacional, condujo a un amplio movimiento político, único en la historia salvadoreña. El movimiento también se benefició directamente de las corrientes intelectuales reformistas que influenciaron a grupos muy diversos como intelectuales, abogados provincianos, terratenientes, alcaldes y oficiales militares. La alianza entre los profesionales y los obreros tuvo sus orígenes en la antigua cultura política de reformismo urbano.⁶²

El laborismo araujista, inspirado en el Partido Laborista inglés y en las diversas corrientes ideológicas del reformismo centroamericano, creó nuevas esperanzas de

reforma agraria entre la población rural de bajos recursos, y de reformas políticas y económicas entre los artesanos y obreros. Pero la falta de cumplimiento de las promesas de campaña provocó un descontento aún mayor. Un observador de la embajada estadounidense comentó que:

“hicieron todo tipo de promesas electorales que llevaron a muchos campesinos y trabajadores a creer que con la elección de Araujo llegaría la época de oro. Se rumoraba... que las grandes haciendas cafetaleras serían divididas para darle a cada familia su parte de la tierra... el desasosiego de los últimos días se debe, en parte, a la conclusión un tanto apresurada a la que llegó la población rural: el presidente les había dado la espalda”.⁶³

Para finales de 1931, después de casi cuatro años con condiciones económicas cada vez más deterioradas, quedaba poco espacio para tomar medidas importantes en pro del campesino o del trabajador, sin que ello significara una amenaza al poder oligárquico y una alianza con el PCS, lo cual, de todas formas, hubiera sido rechazado por razones sectarias.

La incapacidad del presidente Araujo de realizar reformas significativas coincidió con la rápida imposición de políticas represivas contra las protestas y la organización laboral, similares a las impuestas por el expresidente Romero Bosque. Como resultado, muchos de sus más fervientes seguidores se unieron a la izquierda. En mayo de 1931, el gobernador laborista de Sonsonate le sugirió a Araujo una reunión con los dirigentes locales para “hacerle presente que no tomen parte de ninguna manera en esas manifestaciones de índole más bien subversiva”.⁶⁴ En julio, el presidente Araujo organizó una manifestación de apoyo a su gobierno, para la cual el gobierno pagó el traslado por tren de entre cinco y diez mil trabajadores rurales o mozos. Marcharon hasta la Casa Presidencial, y se unieron luego con otra manifestación que demandaba la renuncia de todos los ministros por su falta de acción en lograr la reforma agraria.⁶⁵ A la vez, pese a que muchas de las funciones básicas del gobierno se encontraban paralizadas, Araujo no mostraba interés alguno en reformar el Estado en sí.⁶⁶ Aunque a nivel municipal el araujismo a menudo mantenía vínculos mutuamente beneficiosos con

el creciente movimiento laboral, a nivel nacional tuvo poco éxito en crear coaliciones, en gran parte debido al sectarismo del PCS (un reflejo del sectarismo del Comintern). El fracaso del araujismo, que culminó con su derrocamiento sin pena ni gloria el 2 de diciembre de 1931, contribuyó significativamente con la posterior radicalización de los indígenas y de los trabajadores y campesinos ladinos.

A pesar de su fracaso final, no se le puede restar importancia al reformismo socialdemócrata como fuerza ideológica y política. A partir de la década de los años veinte, la élite del país debió competir con otras corrientes ideológicas, y el racismo liberal clásico que caracterizaba a este grupo no prevaleció en la creación de un discurso nacional. Particularmente, en términos discursivos, la versión salvadoreña de reforma social fue más lejos que otras versiones latinoamericanas en la promoción de los derechos de los indígenas.⁶⁷ De hecho, el reformismo del sector medio, incluyendo el araujismo, estaba íntimamente ligado a la ideología del mestizaje —un mito de construcción de la nación basado en la gradual pero inevitable mezcla racial y “desindigenización” cultural—, una perspectiva predominante de una sociedad creciente y necesariamente homogénea en términos étnicos. A lo largo de toda Latinoamérica, esta ideología permitió que en los años veinte los intelectuales progresistas desempeñaran un papel activo en la construcción de las naciones, forjando imágenes antiimperialistas y permitiendo una mayor inclusión de los grupos subalternos, en una versión de liberalismo despojada de su más notorio racismo y elitismo.⁶⁸

La ideología salvadoreña del mestizaje valoraba enormemente una versión idealizada y abstracta de la contribución indígena a la historia y cultura del país. El escritor Miguel Ángel Espino expresó su idea sobre las raíces del nacionalismo salvadoreño en los siguientes términos:

“la deshispanización del continente... es de los problemas que oculta y latentemente ha estado modificando la vida del continente. Porque, demostrado está, somos indios. De los cinco litros que tenemos, una copa de sangre española canta en nosotros; lo demás es fibra americana... Del cruce de España y América resultó una nueva raza; creer en esta raza españolizada fue el error”.⁶⁹

Los intelectuales reformistas citaban a pensadores marxistas y progresistas como José Carlos Mariátegui, como parte de su campaña en favor del respeto hacia los indígenas. Rochac, gobernador de Sonsonate, escribió: “Centroamérica, que en parte tiene un sedimento indígena considerable, ha olvidado, ha descuidado totalmente la situación de sus indios”. A pesar de idealizar la cultura indígena “pura”, las opiniones de estos intelectuales chocaban fuertemente con el racismo mestizo y blanco tradicional. “Todo lo estimable en el indio es suyo, en nadie se lo debe, ni al cura, ni al maestro, ni al ministro, ni al legislador, ni al magistrado... El indio no es una cosa más que un hombre sensible tierno— no menos que el blanco o el mestizo.”⁷⁰ Estas declaraciones, no obstante paternalistas, contrastan enormemente con el discurso racista de la elite, que sistemáticamente retrataba a los indígenas como seres inferiores y retrógrados que malgastaban cualquier aumento de sueldo en alcohol y que caerían en un indolente barbarismo si se les entregaban tierras. Más aún, los ideólogos del mestizaje, al valorizar el aporte de los indígenas a la sociedad y ofrecerles su solidaridad, contribuyeron a crear las condiciones discursivas y el espacio político para el surgimiento del movimiento interétnico ocurrido entre 1929 y 1931.

Indígenas y ladinos en la movilización

La movilización de 1930 y 1931 involucró a trabajadores rurales y campesinos que, a pesar de sus diversas formas de identidad, respondieron positivamente a la ideología de clases promovida por los activistas de izquierda. Dichas actividades y mensajes con corte clasista, inicialmente promulgados por los artesanos urbanos, estaban dirigidos a una amplia variedad de personas: a aquellos que veían a los indígenas como “esos” seres un tanto retrógrados, a aquellos que se identificaban plenamente con la autoridad política y cultura indígena, y a aquellos que simplemente les resultaba indiferente. Parte de esa respuesta positiva al movimiento radical incluía diferentes reacciones políticas y sociales al discurso y la práctica del

mestizaje, definido anteriormente como el mito de construir la nación sobre la mezcla racial y el proceso cultural de “desindigenización”.

En otro lugar hemos analizado el surgimiento de discursos de mestizaje a nivel nacional y su impacto en el conflicto local. Hemos argumentado que el caso de El Salvador antes de 1932 fue similar al de Nicaragua u Honduras, donde un discurso emergente de homogeneidad étnica contribuyó en los esfuerzos de las élites ladinas por apoderarse de la tierra y del poder político de las minorías indígenas. En los tres países (el istmo central), los procesos reales o percibidos del mestizaje cultural que a menudo acompañaban el avance del capitalismo agrario, tendían a dividir a las comunidades indígenas de formas tales que ayudaron a los ladinos a lograr sus objetivos políticos y económicos. En El Salvador, al igual que en los otros países, los indígenas “parecían” estar abandonando su identidad de indígenas. Como un observador comentó: “Todos los indígenas han sido absorbidos y casi todos usan zapatos y calcetines”.⁷¹ Típicamente, las élites nacionales usaron la supuesta desaparición de los “verdaderos” indígenas con el fin de socavar los reclamos de este grupo. En algunos aspectos, este proceso del istmo central se repitió en El Salvador, pero con algunas diferencias fundamentales que proporcionan una clave para comprender la movilización, la rebelión y la represión. A diferencia de los otros países, en donde el mestizaje constituyó un elemento clave dentro de un proyecto hegemónico, en El Salvador la respuesta subalterna intensa y contradictoria, al menos al inicio, fomentó la resistencia indígena.

Aunque el desarrollo de los procesos culturales de mestizaje impuso fuertes presiones sobre las comunidades indígenas y tendía a aislar a los “tradicionalistas”, la respuesta indígena salvadoreña fue única principalmente por la relativa importancia económica, la cohesión comunitaria y la contigüidad geográfica de los grupos indígenas. Por lo tanto, en El Salvador, a diferencia de los demás países centrales del istmo, algunos indígenas respondieron a la ideología y a la práctica del mestizaje con un discurso de militancia y revitalización étnica. La

evidencia de esto se encuentra dispersa y es algo evasiva. Irónicamente, uno de los ejemplos más claros del discurso de revitalización étnica se puede encontrar en las palabras pronunciadas por un nahuizalqueño ebrio en una boda a la que asistió un periodista italiano: “Nosotros, los verdaderos indios, ¡los indios reyes! Los puros... nosotros sabemos lo que no saben los blancos. Esperamos nuestra hora. Somos los dueños de las montañas, los valles, los cafetales, las casas – todo lo que se puede ver”.⁷²

No obstante esta evidencia, debemos reconocer por una parte que este lenguaje de militancia indígena yacía oculto, y por otra parte, que resulta imposible deducir su participación en la movilización rural a partir del compromiso con símbolos étnicos apoyados por los tradicionalistas, como el vestido y idioma. Las líneas que separaban a los asimilacionistas de los tradicionalistas eran extremadamente fluidas, en especial en los cantones. De hecho, en Santo Domingo de Guzmán, que es reconocida como la comunidad más tradicional del país, los indígenas no participaron ni en la movilización ni en la insurrección. Allí, la presencia ladina fue bastante débil, a causa de su marginalidad económica, así como también fue débil el nivel del conflicto étnico y de clase.

Sin embargo, en Nahuizalco y en el pueblo de Izalco la evidencia apunta a que los tradicionalistas jugaron un papel importante en la movilización. Consideremos el testimonio de Andrés Pérez al referirse a su padre y abuelo, todos pobladores indígenas del cantón de Pushtan:

“Mi abuelo había pertenecido a una organización en Nahuizalco popularmente conocida como “Los Abuelos”, dedicada a proteger la cultura, la autonomía política y las tierras indígenas. Mi padre, Juan Pérez, era uno de las pocas personas alfabetas de Pushtan. Trabajaba como colono en una hacienda ganadera, en terrenos que otrora habían pertenecido a la comunidad. Cuando Socorro Rojo comenzó a organizarse en la zona, mi padre se convirtió en secretario de la organización. Para él esto no era distinto a ‘Los Abuelos’.”⁷³

Aunque los militantes de izquierda no apoyaban las demandas específicamente en pro de los indígenas, su atractivo se basaba en sus formas no racistas de interacción

diaria y en su lenguaje amplio, igualitario y emancipatorio, que los indígenas interpretaban como apoyo a sus derechos políticos, económicos y culturales. Vemos en el testimonio de Pérez que la movilización que se dio a finales de los años veinte fue una continuación directa de la lucha de “Los Abuelos” (presumiblemente un consejo de ancianos) en contra de la usurpación de la tierra y de las restricciones impuestas a la expresión cultural y religiosa. Según Pérez, los terratenientes, los dueños de tiendas y los sacerdotes ladinos, trataron de prohibir o restringir el uso del náhuatl (*nawuate* en la zona occidental salvadoreña), por una parte, y de usurpar el poder de las cofradías, por la otra. No existe evidencia documental que permita comprobar el cargo de que el náhuatl estaba prohibido. De hecho, en 1924, el gobierno nacional financió un estudio de esta lengua en Nahuizalco. Sin embargo, el desarrollo de la educación primaria para los hijos de los pobladores indudablemente tuvo un impacto negativo en el uso del idioma, y pudo haber provocando fácilmente la oposición de los sectores tradicionales de la población indígena del municipio. De igual manera, otros testimonios orales sugieren que la Iglesia desalentó vehementemente el uso del náhuatl antes de 1932.⁷⁴ Existe evidencia documental más clara para respaldar la idea de que hubo un conflicto cultural durante los primeros años de la década de 1930 tanto en Nahuizalco como en Izalco. *El Heraldo de Sonsonate* informó sobre el siguiente incidente en Nahuizalco ocurrido en abril de 1931:

“Los inditos también tienen sus momentos agrios, ayer me decía uno la barbaridad que quieren hacer cuatro ambiciosos, por la Cofradía del Santo Entierro, han acordado quitarle al mayordomo el Señor y las otras imágenes sin haberlo manifestado ante todo los oficiales (cófrades) que son más de 30 y como el Padre Cura se deja sorprender por el sacristán y los cuatro ambiciosos están de acuerdo en que le quitan el Señor...”⁷⁵

El alcalde de Nahuizalco también apoyó el intento de remover la imagen, alegando infiltración comunista en las cofradías.⁷⁶ La alianza de “los cuatro ambiciosos” con el sacerdote con el fin de apropiarse de la imagen, era consistente con los conflictos Iglesia-indígenas que ocurrieron en el resto

de Centroamérica.⁷⁷ La intervención del alcalde, sin embargo, era una clara señal de un creciente desdibujamiento de los límites entre los conflictos religiosos y los políticos.

Esta transformación de *Los Abuelos* en un movimiento izquierdista tuvo costos políticos, especialmente visibles en la política municipal. Como han notado otros historiadores, durante las décadas de 1920 y 1930 la política municipal era un punto importante de conflicto étnico.⁷⁸ Nahuizalco, en particular, fue testigo de un amargo conflicto político local que se filtró en la movilización. La élite política indígena local, compuesta principalmente por artesanos urbanos, comerciantes y pequeños agricultores, durante décadas se había visto envuelta en conflictos y alianzas ocasionales con los ladinos locales quienes, en general, formaban un estrato más alto de propietarios de establecimientos comerciales y fincas, pero incluían también a muchos artesanos. Durante la década de 1920, los ladinos contaban con algún apoyo indígena para lograr sus objetivos políticos y económicos. Así por ejemplo, una disputa sobre la privatización de un remanente de tierras comunitarias dividió severamente a la élite política indígena, entre aquellos que se aliaron con los ladinos acaudalados y los tradicionalistas que empezaron a buscar aliados en la izquierda.⁷⁹

La orientación izquierdista de *Los Abuelos* dividió aún más a la élite política indígena. Así, Cupertino Galicia, un antiguo dirigente municipal, rechazó las repetidas súplicas de sus aliados políticos anteriores de unirse al movimiento. Una razón para la oposición de Galicia tenía que ver con su posición como mediano agricultor que empleaba a trabajadores que se unieron a la movilización. A pesar de los lazos políticos y étnicos, Galicia y otros como él veían la expansión del Socorro Rojo con aprehensión, y, en 1932, temieron por sus vidas.

De manera similar, en Izalco, una comunidad étnicamente dividida, las cofradías indígenas jugaban un papel de gran importancia en la movilización. Al igual que en Nahuizalco, el control sobre las cofradías se convirtió en un punto candente del conflicto cultural. Igualmente, la política local y la lucha por el control del

gobierno municipal llegó a ser intensa durante el período 1929 - 1932.⁸⁰ No obstante la aguda polarización étnica en Izalco, artesanos y obreros ladinos del pueblo también participaron activamente en la movilización. Durante las críticas elecciones de enero de 1932, Eusebio Chávez, un carpintero ladino, era el candidato izquierdista para alcalde, apoyado por el grupo de indígenas izalqueños. Varias semanas después de anuladas las elecciones, al estallar la revuelta, los rebeldes, en su mayoría indígenas, proclamaron a Chávez alcalde.⁸¹

Hasta este punto, nos hemos concentrado en la respuesta “tradicionalista” a las diversas presiones políticas, económicas y culturales ejercidas sobre las comunidades indígenas arraigadas en los pueblos de Izalco y Nahuizalco. Sin embargo, aún en esos centros de militancia étnica, los límites entre los asimilacionistas y los tradicionalistas eran en extremo fluidos. A lo largo del resto del occidente salvadoreño, la calidad de las relaciones étnicas era todavía más intrincada, revelando otras facetas de las respuestas subalternas a los procesos de mestizaje cultural y conflicto étnico. Por ejemplo, en los cantones de Izalco muchas personas consideradas indígenas se distanciaban considerablemente de los residentes del barrio urbano de Asunción, que estaban estrechamente identificados con las formas indígenas de vestido e idioma.⁸² Los informantes, que eran niños en 1930, recuerdan como sus padres vestían sus atuendos de trabajo indígenas y al acercarse al perímetro del pueblo se cambiaban por ropa al estilo ladino. No obstante el aparente ritmo acelerado de mestizaje cultural en los cantones –incluyendo una mayor pérdida del idioma en comparación con el barrio indígena de Izalco– aún existían marcadas diferencias entre las familias indígenas de los pueblos y los ladinos pobres que habían migrado a la región durante los veinte o treinta años previos. Estas diferencias no estaban vinculadas con las clases sociales: tanto indígenas como ladinos se encontraban en las filas de obreros, colonos y pequeños parceleros en proporciones similares. A pesar de las similitudes de clase, no existía una relación armoniosa entre los vecinos indígenas y ladinos. En palabras de un poblador indígena de la Ceiba del Charco,

un cantón con mezcla étnica ubicado cerca de Izalco, “Los ladinos no querían estar con los inditos.”

En general, en estas zonas bi-étnicas, aquellos vinculados con las organizaciones de trabajadores de izquierda eran indígenas. En las palabras de Sotero Linares, un trabajador agrícola ladino del cantón de Cuntan (Izalco), “Ese trabajo era más bien enteramente de los naturales, de los mas inditos. Y los que teníamos medio sangre no sabíamos nada.” El testimonio de Linares acerca de la insurrección también resulta revelador. Habiendo sido capturado por los rebeldes comunistas, fue llevado a la finca cafetalera de seis manzanas de Anastasio Ishio, terrateniente indígena y dirigente del Socorro Rojo. Linares fue atado a un árbol donde discutió con el hijo de Ishio, exclamando que él y sus amigos ladinos nunca habían sido “invitados” a las reuniones del Socorro Rojo. Según Linares, Francisco respondió: “No debo nada a usted. Nosotros si valemos y usted no vale nada.”⁸³ Esta frase parece particularmente significativa, pues sugiere el peso de las expresiones de respeto/irrespeto en las relaciones étnicas, así como la creencia de larga data entre los indígenas de que los ladinos no los respetaban (recordemos al entrevistado ebrio: los indígenas saben lo que los blancos no saben). Entonces, al momento de la insurrección, los rebeldes le dieron vuelta al lenguaje de respeto diciendo: los indígenas no le deben nada a aquellos “que no quieren estar con ellos”.

En Los Arenales, cantón ladino colindante con la zona cafetalera de Nahuizalco, la rebelión y la represión tomaron la forma de una guerra civil, arraigada en las diferencias étnicas. A los ojos de los campesinos ladinos (trabajadores rurales, semiproletariados y pequeños propietarios), la movilización tenía definidamente un carácter étnico que los excluía. A pesar de la retórica de clase que se dio durante la movilización, los rebeldes indígenas fueron capaces de asesinar a sus hermanos de clase. Jesús Velázquez, un niño de Los Arenales en 1932, recuerda el miedo y el odio de toda su familia (pequeños propietarios ladinos) hacia los rebeldes indígenas. Él fue testigo y su abuelo participó en la masacre de cientos de indígenas en

El Canelo. Él repitió las palabras que murmuró su abuelo: "De lo contrario nos hubieran asesinado".⁸⁴

Sin embargo, pese a estos profundos antagonismos étnicos, los militantes indígenas eran perfectamente capaces de trascender las fronteras étnicas locales al organizar a los trabajadores rurales en las plantaciones o en los pueblos ladinos cercanos. Como subrayó Fabián Mojica, carpintero y organizador laboral ladino, al referirse a su trabajo organizativo en Cuyagualo y en Cuntan (Izalco) en 1930, "Los indígenas eran bien comprensivos. Juan Hernández y otros compañeros de Cuyagualo iban ellos mismos a San Julián para organizar los trabajadores."⁸⁵ En otras palabras, los militantes de origen indígena, quienes experimentaban un agudo conflicto con sus vecinos ladinos, no tenían dificultades para trabajar políticamente con los ladinos pobres de otras localidades, tales como los que trabajaban en las fincas cafetaleras de San Julián.

Los oficiales de las embajadas, británica y estadounidense, así como presumiblemente sus informantes en la élite salvadoreña, generalmente no hacían distinción entre indígenas y los demás pobres rurales en el occidente salvadoreño. A pesar de su visión de que todos los pobres rurales eran indígenas, tales distinciones analíticas son importantes si deseamos comprender la amplia atracción de las organizaciones de izquierda en los albores de la década de los treinta.

Si tuviéramos que dejar de lado el concepto de una movilización e insurrección indígena, *tout court*, ¿qué injerencia tuvieron estas ideologías y conflictos étnicos en la movilización? En algunos lugares y en ciertos momentos, fueron muy importantes. Particularmente en las zonas en las cuales los indígenas y ladinos vivían unos al lado de otros, la movilización generalmente parecía ser un movimiento indígena, y tras la insurrección, los ladinos pobres se convertían en reclutas voluntarios de las fuerzas de represión. En otros lugares, tales como extensas regiones de los departamentos de Ahuachapán y La Libertad, la evidencia sugiere que los procesos históricos de concentración de la tierra y relaciones laborales fomentados por el auge cafetalero, así como las formas peculiares de conciencia de los exmiembros de las comunidades indígenas,

crearon una apertura hacia las alianzas con los militantes izquierdistas. Más significativamente, como hemos podido apreciar, las historias locales no favorecieron la legitimidad de las demandas de tierra de la élite.

Finalmente, la dimensión étnica del movimiento resulta fundamental para la reconstrucción de los sucesos que realizan los sobrevivientes indígenas de la masacre de 1932. Tomemos en consideración el testimonio de Andrés Pérez, quien narró la experiencia de su padre. Este último, artesano y colono, se había convertido en figura clave del Socorro Rojo en Nahuizalco:

“Para 1931, la organización era muy sólida. Celebraban grandes reuniones bajo *la ceiba* (en el centro del pueblo) cada domingo. Luego, los mulatos se involucraron. Luego un día los mulatos forzaron las puertas e irrumpieron en los almacenes más grandes de Nahuizalco... aún se pueden ver las marcas de machete allí... luego los militares dijeron que los comunistas y los indígenas eran culpables del saqueo. Y mataron a los indígenas.”⁸⁶

De manera similar según Alberto Shul, un residente del pueblo, “los mulatos de Turín y Atiquizaya tomaron la alcaldía de Nahuizalco y la saquearon”.⁸⁷ En otra versión, las élites ladinas de la localidad perpetraron el robo (o al menos forzaron las cerraduras de los almacenes) con el fin de emboscar a los indígenas para que fueran ejecutados.⁸⁸

Estas recopilaciones son relevantes en al menos dos aspectos. Primero, la participación en el movimiento de la población no indígena de Atiquizaya y Turín fue retomada en la memoria colectiva de los sobrevivientes de forma tal que permitió la supresión del sujeto indígena en la insurrección (contrario a lo que sucedió durante la movilización). En otras palabras, al culpar a los ladinos retrospectivamente, los indígenas se convirtieron en víctimas inocentes de las maquinaciones de las élites, los ladinos tanto comunistas como militares. Como comentamos en otro lugar, el “olvido” de la participación indígena contribuyó a la fragmentación de las memorias colectivas, lo cual tuvo enormes consecuencias en el desarrollo de la cultura política local.⁸⁹ En segunda instancia, desde la época colonial, los indígenas a lo largo de Centroamérica han usado el término “mulato” como epíteto para sustituir

el término más neutral de “ladino”, destacando el color no “blanco” de sus adversarios como su desprecio por la gente de origen africano. El uso del término “mulato” en el testimonio oral del nuevo milenio sugiere la amargura del antagonismo étnico del siglo XX; asimismo, sugiere los logros de los indígenas y ladinos de la izquierda que fueron capaces de tender un puente sobre ese río de desconfianza y resentimiento por un breve momento, antes de que las ametralladoras resonaran y los pelotones destruyeran ese puente y cualquier recuerdo de su existencia.

Patriarcado y violencia

Las fuertes normas y relaciones patriarcales que caracterizaban a las comunidades indígenas salvadoreñas contribuyeron, aunque indirectamente, a la movilización y la rebelión. El patriarcado indígena no era, de modo alguno, exclusivo de El Salvador.⁸⁹ En *To Die in This Way*, apuntamos que en Centroamérica, como en otros lugares, las estrictas barreras patriarcales impuestas a la sexualidad femenina fortalecían la endogamia indígena, y, al mismo tiempo, las “estructuras del patriarcado indígena representaban un símbolo de extraordinario poder incluso para los foráneos simpatizantes”.⁹¹

En el caso de Nicaragua, hicimos énfasis en cómo la perspectiva ladina del patriarcado indígena debilitó las posibilidades de alianzas interétnicas. En El Salvador, podemos vislumbrar parte del impacto que tuvo el patriarcado indígena sobre los ladinos en el siguiente comentario sobre Cuisnahuat, una comunidad relativamente aislada y tradicional en el departamento de Sonsonate:

“Hace muchos años que el numero de ladinos considerables avelcinados en Cuisnahuat soportamos con vilipendio de nuestra dignidad de ciudadanos libres la actitud dictatorial de los indígenas cuando han desempeñado las funciones de autoridades locales. El odio de esta raza para todo elemento extraño á sus costumbres primitivos, a sus hábitos indolentes y desmoralizados, y á todo cambio que signifique progreso, está á la vista de todos. Aparte de los espectáculos repugnantes de los indígenas como la flagelación de los hijos ejecutada en las personas de sus padres; aparte de sus hábitos de rapiña y de su poco ó ningún respeto por la

propiedad de los que no son de su comunidad ... y de este todo innumerables son los abusos arbitrarios de los indios.”⁹²

El documento sugiere que para la población ladina de Cuisnahuat, la abusiva autoridad indígena municipal estaba fuertemente correlacionada con el patriarcado indígena. Los autores de esta protesta relacionan la autoridad dictatorial sobre los ladinos con el odio de los indígenas por quienes tenían costumbres y cultura “modernas”, y con el uso del castigo físico público para la crianza de los niños.⁹³

Las prácticas endogámicas del matrimonio, similares a las de otros indígenas centroamericanos, eran parte esencial del patriarcado indígena. Los “matrimonios arreglados” y, particularmente, los patrones residenciales patrilocales eran la costumbre tanto entre los indígenas salvadoreños como entre los nicaragüenses durante este período.⁹⁴ Los matrimonios arreglados reforzaban el poder de los patriarcas dentro de la comunidad y garantizaban la endogamia étnica. Al igual que en otras sociedades, la endogamia y el control masculino sobre sus mujeres constituían puntos centrales para la preservación de la comunidad e identidad indígena, o al menos así los veían los ancianos del pueblo.⁹⁵

Aunque es debatible si el patriarcado indígena era más opresivo en El Salvador que en otras partes de América, ciertamente estaba más codificado. Tomemos en consideración el artículo de un reportero italiano sobre un matrimonio realizado en Nauizalco en el año de 1928. El reportaje revela la presencia intrusiva de género en el ámbito comunal en la vida de sus miembros. Resulta significativo que el *taxtule*, (figura clave en las cofradías que combinaba diferentes papeles incluyendo el de historiador) era el maestro de ceremonias en lugar del sacerdote local, lo que evidencia otra dimensión de débil control hegemónico. Después de repasar las responsabilidades del esposo, que incluían reemplazar el techo de su casa anualmente, proveer suficiente maíz para la familia y procrear un hijo antes de finalizar un año, el *taxtule* se volvía hacia la novia y le enumeraba una serie de obligaciones. Estas incluían despertarse antes que su marido para preparar

el café y la comida; comer y beber después de que él hubiera terminado; y limpiar su frente en la entrada de la casa cuando este retornaba del trabajo. Ella respondía a cada una de estas obligaciones con las palabras “lo juro”. Las siguientes citas muestran el carácter amenazante que subyacía en dichas obligaciones:

“Si le fallas, él te corregirá.”

“Si lo engañas, él te aplastará.”

“Si no le das un hijo, se conseguirá otra esposa.”⁹⁶

A pesar de lo impresionante de este nivel de codificación, debemos recordar que en los Estados Unidos a mediados del siglo XIX, las mujeres tenían la obligación legal de proveer a sus maridos de sexo y servicio doméstico.⁹⁷ En el caso salvadoreño, es el papel de la comunidad (en lugar de las relaciones legales abstractas) el que parece particularmente notable. Otras fuentes respaldan esta perspectiva de los altos niveles de control patriarcal sobre las mujeres indígenas. Por ejemplo, algunas entrevistas sugieren que si las tortillas no estaban listas antes del amanecer, la esposa estaba sujeta a castigo físico administrado por las autoridades comunales.⁹⁸

De manera similar, en Panchimalco, comunidad indígena al sur de San Salvador, el antropólogo Alejandro Marroquín describió la siguiente práctica que sus informantes mayores narraron sobre sus recuerdos de principios del siglo XX. La comunidad compartía la creencia de que el undécimo día después de la luna nueva era el día propicio para procrear cuerpos fuertes y saludables, y que en una fecha anterior en el ciclo lunar se procrearían “hombres cobardes”. De esta manera, según los informantes de Marroquín, las autoridades municipales en el “once luna”, caminaban por las calles de Panchimalco alrededor de las nueve de la noche tocando un tambor y gritando a ciertos intervalos: “Ya es hora del engendro señores.” Desde sus casas, la gente respondía, “Ya estamos en ello.” Durante los siguientes ocho días se estimulaban las relaciones sexuales. Después de la octava noche las autoridades municipales prohibían las relaciones, norma que se hacía cumplir, ya que los techos de paja se estremecían durante el acto.⁹⁹

Bajo leyes patriarcales tan extremas, no era de sorprenderse que las relaciones entre hombres y mujeres indígenas a menudo fueran conflictivas.¹⁰⁰ Relaciones reales o imaginadas de las mujeres indígenas con hombres ladinos provocaba las más fuertes tensiones. Un factor que pudo haber contribuido a esta situación era deseo de las mujeres de “blanquear” la raza. Un informe de la década de 1880 de que las indígenas salvadoreñas buscaban tener hijos con hombres blancos, hace eco de un documento similar de mediados del siglo XIX en Nicaragua que se refiere a familias indígenas que “alquilaban” sus hijas a hombres blancos (específicamente a aquellos que no tuvieran ascendencia africana), con la condición de que la criatura fuese devuelta a la familia de la muchacha. A pesar de la escasa evidencia, parece posible indicar que la resistencia femenina al patriarcado —incluyendo relaciones con ladinos— pudo haber provocado la conversión de algunas comunidades indígenas a no indígenas en el occidente salvadoreño.

Durante la década de 1920, los cambios socioeconómicos crearon las condiciones para el creciente contacto entre hombres ladinos y mujeres indígenas, debilitando aún más los lazos del patriarcado. Un creciente número de mujeres indígenas se vio obligado a trabajar en plantaciones y haciendas. Las observaciones de Ruhl sobre la finca cafetalera de James Hill son relevantes, aunque probablemente se refieren a mujeres indígenas tanto como ladinas. Escribió: “También puso a las mujeres a trabajar. ‘Solían no hacer nada, sólo cuidar de sus bebés, cocinar para sus esposos y estar en sus casas. Pero, yo seguí ins-tándolas a trabajar y ahora tengo muchas... Por qué muchas de estas mujeres andan por ahí con medias de seda, mientras cargan grandes cantidades de leña y tierra. Naturalmente, se destrozan’”.¹⁰¹ Parte del argumento de Hill era que las mujeres, aunque ignorantes, participaban en la resistencia cotidiana, lo que redundaba en aumentos salariales que les permitían comprar artículos de lujo como medias de seda. Podemos conjeturar, entonces, que las mujeres trabajadoras, después de esta experiencia y de adquirir nuevos hábitos de consumo, se uniría activamente al movimiento laboral.

Más aún, el aumento de trabajadoras indígenas en las plantaciones provocó más relaciones, voluntarias e involuntarias, con ladinos de distintas clases.¹⁰² Sin embargo, la combinación del patriarcado indígena con instancias de coerción creadas por la élite ladina contra las mujeres, probablemente condujo a una mayor vigilancia de las barreras étnicas y a la resistencia comunal hacia la élite ladina. Esa vigilancia no siempre tuvo éxito. Por ejemplo, un informe de 1913 sobre Nahuizalco narra las quejas de los hombres indígenas contra “la prostitución” de las mujeres indígenas.¹⁰³ Aunque los significados de esta protesta no están del todo claros, ciertamente hacen alusión a las relaciones sexuales entre ladinos e indígenas. Hoy día, muchos informantes responsabilizan de estos actos a los terratenientes y a sus hijos. Aunque la situación posterior a 1932 aumentó el poder de la élite, disminuyó el número de hombres indígenas adultos, y por lo tanto influyó las vagas memorias previas a 1932, hay pocas dudas de que la violación de las mujeres indígenas por terratenientes ladinos formaba una imagen destacada en la visión de los indígenas. Más aún, al menos algunos de los activistas y simpatizantes del movimiento eran producto de tales uniones. Típicamente, el hijo bastardo no era reconocido por su padre y, por lo tanto, guardaba dentro de sí un gran resentimiento. Un relato cuenta que un terrateniente se “robó” a una empleada doméstica de quince años. Cuando la muchacha quedó embarazada fue despedida del trabajo. Su hijo, Francisco Tobar, creció en Salcoatitán odiando a su padre. Posteriormente, ya como jornalero, se convirtió en dirigente local del Socorro Rojo y participó en la insurrección. Tobar sobrevivió a la represión y contó su historia a sus nietos. Otros cuatro relatos muy similares ofrecen respaldo anecdótico a la idea de que la agresión sexual ladina hacia las mujeres indígenas tendía a fomentar la resistencia y la rebelión indígenas.¹⁰⁴

No es de sorprenderse que la ideología patriarcal predominara en todos los sectores de la sociedad salvadoreña, y ciertamente aumentaba las tensiones entre clases. Consideremos el testimonio del capataz de una plantación en Sonsonate a finales de 1931: “Los agricultores no

aguantamos que nos toquen los intereses... es inadmisibile que nos toquen los intereses, y esto no lo soportamos bajo ninguna razón o circunstancia o bajo pretexto alguno. Aquí estoy preparándome para defenderme, defender mi propiedad y defender a mi mujer.”¹⁰⁵ Las tensiones y temores por razones sexuales de los hombres y mujeres ladinos alcanzaron dimensiones de pesadilla durante la insurrección de enero, según reveló un residente de Sonsonate en sus memorias: “La histeria hizo presa particularmente de algunas señoras. Cuando se había disipado el ruido de la entrada de los rebeldes, se escuchaban gritos despavoridos, penetrantes, que revelaban el terror elevado a la enésima potencia. ‘Mis hijas... mis hijas... mis hijas!’ Las señoras ya veían a sus hijas violadas como se había anunciado.”¹⁰⁶

Las relaciones patriarcales en las familias indígenas y campesinas bien pudieron haber jugado otro papel en la rebelión, al promover un alto grado de violencia hacia los niños. De hecho, como mencionamos arriba, los ladinos acometían contra los indígenas con formas extremas de castigo físico. Independientemente de si los indígenas golpeaban a sus hijos más o menos que los ladinos, no hay duda de que los niños pobres de las zonas rurales crecían en un ambiente teñido por la violencia y el machismo. Es más, existe evidencia oral sólida de que muchos niños, aún aquellos que tenían ambos padres, vivían en familias relativamente carentes de afecto. De hecho, un informante indígena comentó que “la mayoría de los niños no eran muy apegados a sus padres”.¹⁰⁷ Tomemos en consideración el siguiente testimonio de Salomé Torres, quien creció en la sierra de Jayaque durante la década de 1920. Cuando aún era un niño, su madre murió debido a una enfermedad. El dolor provocado por esa pérdida aún era fuerte cuando su padre empezó a enfermarse:

“Mientras yacía moribundo en su petate, mi padre se incorporó repentinamente, cojeó hasta a la esquina de la choza y se agachó para recoger un palo. ‘Salomé, ven acá!’ me dijo. Yo estaba asustado, pero caminé hasta donde estaba mi padre. Él comenzó a golpearme con el palo en la espalda y el trasero. ‘Así siempre te acordarás de mí y te portarás bien’. Luego murió. Mis hermanos y yo nos fuimos a vivir con mi abuela, *una arrimada* en la hacienda cafetalera de Ángel García. Al patrón le gustaba azotar a sus obreros *por puro gusto*.”¹⁰⁸

Un día, recuerda Salomé, el patrón vio a su hermano menor subido en un árbol de mango comiéndose una fruta podlrida. Le gritó al niño que bajara. Luego lo azotó con tal furia que el niño murió. Salomé, de quince años, tuvo un arrebató de cólera y se fue de la hacienda.

El tema de la violencia y la familia exige mayor investigación.¹⁰⁹ Sin embargo, no cabe duda de que la sociedad rural salvadoreña fue –y sigue siendo– una sociedad violenta. Informes de reporteros enfatizan cómo los indígenas recurrían a sus machetes ante la más mínima provocación. Un capitán de barco canadiense, por ejemplo, se apoyaba en el conocimiento común de la élite y de la clase media, al narrar cómo los sábados por la noche la bebida con frecuencia llevaba al derramamiento de sangre en las cantinas rurales: “En el transcurso de la noche es bastante común que estalle una pelea, y a menudo los contendientes... ‘la resuelven’ con sus machetes. Se mantienen frente a frente con la mayor valentía, muchas veces hasta que uno de los dos muere, mostrando la mayor indiferencia ante las más aterradoras heridas.”¹¹⁰ De manera similar, un artículo periodístico posterior a la insurrección, pedía la “desmachetización” de los campesinos salvadoreños. Tras citar el refrán popular, “Machete caído, indio muerto,” (que el indígena solo dejaba caer su machete cuando moría), el artículo alegaba que: “Todo campesino con un machete en la mano es un criminal en potencia, es decir que está a un paso de machetear a su compañero, a su vecino, o a su patrón.”¹¹¹ Independientemente del grado de hipérbole provocado por la insurrección, el artículo, así como otros escritos, evocan una cultura rural profundamente machista.

En síntesis, podemos elaborar las siguientes hipótesis. Primero, las fuertes formas de patriarcado se convirtieron en un baluarte para la endogamia indígena. De forma similar, el patriarcado contribuyó a perpetuar la autoridad comunal de un grupo de hombres ancianos en Nahuizalco, Cuisnahuat e Izalco. Segundo, las mujeres indígenas se involucraron en relaciones, ya fuesen voluntarias o forzadas, con hombres ladinos, con los cuales tenían mayor contacto debido a los cambios económicos

de la época. Algunas de estas relaciones, producían descendientes que, aunque no se identificaban plenamente como indígenas, ciertamente guardaban un gran resentimiento en contra de sus padres de la elite. Tercero, la violación de mujeres indígenas, imaginada o verdadera, aumentó la furia de los indígenas, y probablemente llevó a los hombres en particular a reforzar todas las formas de barrera étnica.¹¹² Cuarto, la violencia y el machismo generalizados que caracterizaron las vidas de los salvadoreños subalternos, llevaron a un bajo nivel de tolerancia hacia la represión estatal.

La ola revolucionaria, 1929 a 1931

La violencia en la vida social cotidiana, así como entre el Estado y los subalternos, condicionó la voluntad de éstos de involucrarse en una violenta resistencia a la represión. Por ende, la creciente respuesta represiva al movimiento más bien motivó a los campesinos y proletarios rurales en vez de intimidarlos, aumentando su aceptación de la estrategia insurreccional. El acelerado desarrollo del movimiento revolucionario y el papel contundente de los grupos rurales subalternos en la transformación de la agenda izquierdista, han permitido que El Salvador (1929-1931), así como Cuba (1933), ocupen un lugar sobresaliente en la historia de la izquierda latinoamericana. Para lograr comprender esta singular historia, antes debemos elucidar las condiciones que permitieron que el movimiento prosperara, en primer lugar: aún antes de la crisis, los organizadores sindicales trabajaron sobre un terreno propicio, sin duda.

En 1927, los artesanos urbanos en el incipiente movimiento laboral de Ahuachapán y Sonsonate volcaron su atención a la zona rural. Tres condiciones favorecieron el desarrollo de la organización laboral. Primero, durante la administración del presidente Pío Romero Bosque (1927-1931), el Estado no reprimió casi ninguna actividad sindical urbana. Segundo, al menos según algunos relatos, las haciendas y plantaciones cafetaleras eran vulnerables al ingreso de activistas, y el aparato estatal de represión

era bastante débil. Jorge Fernández Anaya, mexicano que jugó un papel crucial en la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños (FRTS) y contribuyó a fundar el PCS en 1930, comparó así las circunstancias favorables de El Salvador con las circunstancias adversas en Guatemala: “Indiscutiblemente era muy fácil entrar a una hacienda (en El Salvador) sobre todo para que te escucharan.”¹¹³ Asimismo, la brecha social entre los artesanos urbanos y los trabajadores rurales no era difícil de superar, pues existían numerosos puntos de contacto. Por ejemplo, los carpinteros trabajaban en las haciendas y, a su vez, los campesinos vendían sus productos en los mercados de la ciudad. Los jóvenes y las familias urbanas participaban en las cogidas de café.¹¹⁴ Como manifestó Anaya,

En El Salvador fue más fácil. Los peones eran indios nada más en algunas partes. No todos los indígenas hablaban español pero había gente que traducía y en todos casos era más fácil hablar con los indios de El Salvador que con los de Guatemala. Había una conciencia y eso era mucho muy importante porque la gente cuando le hablábamos de los intereses de la clase obrera, de los trabajadores, sentían su problema ... Había una diferencia entre el peón y el obrero urbano. Lo que pasa es que hablando con los peones se entendía uno fácilmente con ellos, podía uno explicar, podía uno hablar todo lo que uno necesitaba.¹¹⁵

Con estas condiciones a su favor, la expansión del movimiento laboral hacia el campo entre 1929 y 1931 fue impresionante. Ciertamente, muchos sindicatos se organizaban “espontáneamente”: los organizadores sindicales a menudo llegaban a un cantón y encontraban que ya estaba organizado. Como informó un documento de la FRTS: “... los continuos llamados de las haciendas y pueblos a la Federación para que envíen organizadores, y en muchos casos cuando estos lleguen, ya encuentran organizaciones hechas, con marcadas tendencias a la acción, que los campesinos manifiestan que “aquí quien mandará será el cambio.”¹¹⁶

No hay forma alguna de precisar a ciencia cierta este desarrollo. Para mediados de 1930, el FRTS tenía aproximadamente unos 15.000 miembros.¹¹⁷ Sin importar la verdadera imagen de sus miembros, los activistas sindicales

estaban asombrados por el crecimiento acelerado de su movimiento. Curiosamente, no siguió el trayecto típico de una organización sindical en sus inicios, que incluye huelgas, algún grado de éxito y luego más desarrollo, hasta alcanzar cierto nivel de poder antes de la represión. Más bien, a pesar del creciente control del movimiento por parte de la izquierda y el alto nivel de retórica sobre las luchas de clase, hubo menos de diez huelgas en las ciudades y el campo durante la primera etapa de crecimiento acelerado. (noviembre de 1929 a agosto de 1931).¹¹⁸

A pesar de que la actividad huelguística, *per se*, era baja, los trabajadores rurales y los colonos participaban en otras formas de resistencia y organización desde los puntos de producción, representando una amenaza para el dominio político y económico de la élite. El siguiente reporte sobre la organización sindical en la Hacienda San Isidro (cerca de Armenia), debe ser considerado:

Se distribuyen hojas con doctrinas comunistas y se agitan los ánimos a efecto de que se lancen contra aquello que no esté de acuerdo con los principios que sustentan aún más, informes que hemos recibido por otros lados hacen saber que los mayordomos y capataces se encuentran en grandes apuros porque se ven amenazados constantemente al cumplir las órdenes emanadas de sus patrones...¹¹⁹

Aunque resulta difícil recrear la atmósfera de las reuniones sindicales, no cabe duda que dichas concentraciones, con frecuencia clandestinas, estaban cargadas de emotividad y motivación. Según algunos informantes, los hombres y mujeres a menudo se reunían por las noches a orillas de riachuelos o ríos cubiertos por espeso bosque, para discutir temas que iban desde salarios y condiciones laborales hasta reforma agraria y la vida en la URSS. En los pueblos, las reuniones a menudo se disfrazaban en forma de fiestas, y otras, como las rurales, asemejaban versiones apacibles de reuniones de renovación religiosa.¹²⁰

Ciertamente, existía una dimensión religiosa en la movilización rural. En su mayoría, fueron campesinos ladinos del occidente de Ahuachapán los que participaron en un movimiento de tradición milenaria, cuya base se encontraba en el oriente guatemalteco al otro lado de la

frontera. En el pueblo de El Adelanto, una joven mujer “virgen”, llamada Petrona Corado, proclamó haber resucitado de entre los muertos para hacer milagros. A finales de la década de 1920, el culto de la “Virgen del Adelanto” atrajo a miles de campesinos guatemaltecos y salvadoreños al pueblo, asociándose este hecho con el concepto de una transformación social radical. Unos pocos militantes izquierdistas populares participaron en los peregrinajes, mientras que varios informantes en el occidente asociaron vehementemente el culto con el movimiento radical. Las autoridades de ambos países reprimieron el movimiento; en El Salvador proclamaron que la SRI lo utilizaba para encubrir sus actividades.¹²¹

No es de sorprenderse, entonces, que los terratenientes y las autoridades locales hallaran que la pasión de los campesinos y obreros por las reuniones sindicales, así como por la Virgen del Adelanto, constituían una seria amenaza.¹²² En consecuencia, a pesar de la baja actividad huelguística, el Estado arremetió contra los sindicatos rurales y otras formas de organización. Típicamente, los dirigentes sindicales en una plantación se tornaban en blancos de la represión. En cierto caso, que alcanzó fama a nivel nacional, en la enorme plantación de “La Presa” situada en Coatepeque, la Guardia Nacional desahució a 345 familias de colonos en medio de una tormenta, manifestando que el sindicato había exigido la expropiación y la subsiguiente división de los terrenos para los colonos. En realidad, el sindicato había amenazado con una huelga en demanda de mejores salarios y la exoneración del pago del agua. Eventualmente, se le permitió a muchas de las familias regresar a sus hogares, en tanto los cuatro dirigentes sindicales fueron encarcelados, ocasionando el desmoronamiento del sindicato.¹²³ Entonces la SRI organizó manifestaciones en contra de la represión en “La Presa”, las que fueron muy concurridas.

En agosto de 1930, la Guardia Nacional atacó las manifestaciones sindicales que se dieron en 10 pueblos y ciudades del occidente salvadoreño, arrestando y encarcelando a cientos de participantes.¹²⁴ Aunque muchos de ellos fueron dejados libres al poco tiempo, la represión

misma se convirtió en objeto de ataque de las siguientes manifestaciones que demandaban la libertad de los sindicalistas. Para finales de 1930, los miembros de los sindicatos rurales estaban tan iracundos con la represión estatal que ideas de insurrección comenzaron a circular libremente entre los militantes, pobladores y dirigencia local.¹²⁵ En setiembre de 1930, poco antes de su regreso a su natal México, Fernández Anaya, con trágica presciencia, escribió: “La revolución en el Salvador será inevitablemente sangrienta. Todo el odio concentrado, que se irá acumulando más y más, tendrá inevitablemente que dar... un carácter sangriento.”¹²⁶

Aunque en este momento la dirigencia izquierdista nacional (a pesar de una leve corriente pro insurreccional en el PCS) era capaz de ejercer su influencia en contra de cualquier iniciativa local que favoreciera la revolución armada, la dinámica de la represión que originaba una mayor organización y radicalización seguía su curso. Por ejemplo, en setiembre de 1931, en una Hacienda en Zaragoza, Departamento de La Libertad, las tropas asaltaron una reunión de trabajadores sindicales, matando a catorce e hiriendo a veinticuatro. En respuesta a este hecho, el capítulo local de *Socorro Rojo Internacional* (SRI) se expandió rápidamente. Para noviembre, el SRI reportó haber reclutado a 500 nuevos miembros en el área de Zaragoza.¹²⁷

Esta dinámica en especial —el impacto “radicalizador” de los objetivos y las balas de los rifles— condicionó el rol ideológico, particularmente vigoroso, de la militancia sobre las organizaciones de dirigencia comunista. Este rol puede confirmarse mediante el estudio de dos fenómenos. Primero, el movimiento, en su mayoría campesinos y trabajadores rurales, transformó al SRI de una organización creada para defender a la izquierda y al movimiento sindical de la represión política, a un movimiento social radical con vida propia. Una carta escrita por un dirigente del SRI a la sede internacional en la ciudad de Nueva York, explica esta situación claramente: “Deben comprender que cada camarada que participa en el SRI, lo hace no simplemente para ayudarlo a los caídos o para asistir a las víctimas o sus familias. Ellos entienden su misión

como una razón muy significativa para enlistarse en la Armada Roja. Así piensan ellos y no hay absolutamente nada que podamos hacer para apartarlos de esta idea".¹²⁸

A pesar de que no está del todo claro el motivo por el cual el SRI se convirtió en la principal organización de masas en el occidente, resulta evidente que la relativa falta de un triunfo contundente de los sindicatos, así como la falta de energía de las bases para combatir la represión, condicionaron fuertemente esta transformación. Algunos informantes sugieren que el nombre en sí tenía gran atractivo para los campesinos, pues combinaba la fuerza simbólica del "rojo", el término "socorro" de connotación cristiana, y la promesa de una redención "externa" o internacional. Es muy probable que el "rojo" les recordara las "Ligas Rojas" (1918-1922) respaldadas por el Estado, responsables de otorgar el poder a los indígenas en la política local y legitimar el uso de la fuerza en defensa de los intereses políticos corporativos.¹²⁹ De manera similar, el término "camarada" también se contagió entre los campesinos de escasos recursos. Finalmente, el SRI estaba luchando por la redistribución de la tierra. Muchos informantes repetían las mismas palabras: "Querían quitarles fincas a los ricos."¹³⁰ En particular, los colonos se convirtieron en fuertes defensores de la reforma agraria. Como manifestó José Antonio Chachagua, un campesino de Ahuachapán: "el lema de los rebeldes era que los colonos iban a ser dueños."¹³¹ En resumen, el desarrollo y la transformación del SRI coincidieron con la "radicalización" del programa del movimiento izquierdista. Los campesinos del occidente salvadoreño recreaban el SRI en su propia imagen.

De forma más significativa, las bases de trabajadores rurales y campesinos impulsaron el movimiento hacia la resistencia armada. En el transcurso del primer año de movilización intensa, desde principios de 1930 hasta mediados de 1931, las fuerzas gubernamentales arrestaron cerca de mil campesinos y obreros urbanos durante manifestaciones. Pero, las veinte o treinta personas muertas durante este período no representan un nivel de represión excesivamente alto, según los modelos latinoamericanos. La

respuesta, sin embargo, de las recién movilizadas fuerzas fue bastante bélica. Un dirigente regional lamentó la respuesta campesina a la represión estatal, diciendo: “Después de la lamentable experiencia, nuestros campesinos organizados no vienen a las manifestaciones sin cargar sus machetes, créanme. Cualquier intento por persuadirlos para que desistan es inútil. Los conocemos bien”.¹³² Asimismo, en junio de 1931, una mujer indígena de Izalco le expresó a un militante izquierdista: “Mire, compañero. Mataron a mi compañero, pero tengo a mis hijos y ellos verán la revolución”.¹³³ Un informe del PCS en octubre de 1931 aseveraba, “para el próximo llamamiento que se les haga, no contestarán sin llevar sus armas (corvos o machetes) porque es una injusticia que indefensos los masacren ... ahora, ya llegamos a la EPOCA en que ya no podemos detener la OLA REVOLUCIONARIA que se está lebantando (sic) en todas partes, dispuesta a conquistar el PODER por la vida o por la Muerte.”¹³⁴

La terminología marxista, especialmente términos como “burguesía,” “proletariado” y “lucha de clases” se incorporaron al lenguaje de la movilización por medio del Comintern y el PCS. Sin embargo, fue sin duda la militancia la que inicialmente colocó la insurrección armada en la agenda izquierdista desde cerca de 1930, en contra de los deseos y el leal saber y entender de la mayoría de sus dirigentes. Ciertamente, a pesar de la retórica revolucionaria de “clase versus clases” que prevaleció durante la “Tercera Etapa” del Comintern (1928-35), no existe evidencia que sugiera que el movimiento internacional beneficiara, o de algún modo apoyara, una estrategia insurreccional en El Salvador.

En noviembre de 1931, un incidente ocurrido en Ahuachapán ilustra la creciente aprobación por parte de los sectores populares de una solución insurreccional. En respuesta a los intentos del Partido Comunista de inscribir a sus candidatos para congresistas y municipales para las próximas elecciones, el gobierno arrestó a los dirigentes izquierdistas en Sonsonate, Ahuachapán y Santa Ana. De acuerdo a un informe del SRI: “El día de la captura (del compañero Hernández) se movilizaron espontáneamente

más de 600 camaradas, quienes acamparon a los alrededores de la ciudad, pero al saber que no se trataba de asaltar la población, se retiraron no muy al gusto.”¹³⁵ Miguel Mármol, quien fue enviado para detener el intento violento que amenazaba con liberar a los prisioneros políticos, corroboró este informe, subrayando el carácter bélico de las filas ahuachapanecas.

Nuestro candidato para Alcalde de Ahuachapán... nos contó que las barracas habían sido tomadas por un contingente de 900 campesinos que decidieron saldar cuentas con las autoridades por sus actos arbitrarios... Dijo que las súplicas urgentes del Comandante del Regimiento, el Coronel Escobar, no habían surtido efecto y que los dirigentes locales del Partido Comunista solicitaban que se presentara un delegado del Comité Central para calmar los ánimos de los campesinos y hacer que regresaran a sus casas antes de que la situación se convirtiera en una masacre.

Mármol relata que la siguiente semana fue enviado a Ahuachapán en una misión similar para persuadir a los campesinos militantes y evitar un enfrentamiento armado con la Guardia Nacional. También informó que un ahuachapaneco lo amenazó diciendo que la próxima vez tendría que “enfrentar nuestros machetes aunque sea frente al enemigo de clase”.¹³⁶

Este incidente podría utilizarse como prueba de la distancia que había entre un movimiento rural y la dirigencia del Partido Comunista (con sede en la capital). Sin embargo, esta interpretación podría pasar por alto un detalle crucial. Muchos campesinos –trabajadores rurales y pequeños propietarios– vivían en la ciudad de Ahuachapán o sus alrededores inmediatos.¹³⁷ Es más, estaban listos para atacar las barracas para liberar a los dirigentes comunistas, muchos de los cuales eran artesanos urbanos. Este momento también evidencia cómo los movimientos regionales de grandes masas continuaban impulsando la dirigencia nacional hasta posiciones cada vez de mayor militancia. Después del golpe de estado del 2 de diciembre de 1931 contra el gobierno de Araujo, la situación política parecía estar a la deriva. El aparato estatal represivo, bajo el mando del General Hernández Martínez, se retrajo momentáneamente y el régimen militar hasta liberó

unos 210 prisioneros políticos, terminado con el estado de sitio.¹³⁸ Tomando ventaja de la calma y la incertidumbre que reinaba, a mediados de diciembre, en el punto culminante de la cosecha del café, los trabajadores rurales en el occidente salvadoreño lanzaron la primera ola de huelgas en conjunto en la historia de El Salvador. Del 9 al 19 de diciembre, se desataron huelgas en tres departamentos, abogando por mayores salarios y mejores condiciones laborales. El 20 de diciembre, los trabajadores de ocho plantaciones más, también se declararon en huelga.¹³⁹ El nuevo gobierno de Martínez, brevemente volcado a la defensiva, parecía ansioso de negociar (o al menos aliarse) con los dirigentes huelguistas del occidente.¹⁴⁰

Mármol reconoció la creciente naturaleza militante del movimiento en el occidente y la necesidad de abordar la situación. Ciertamente, en diciembre, rompió con la disciplina del Partido Comunista, al prepararse para una huelga general en lugar de darle más énfasis a las elecciones. Por una parte, reconoció la importancia política de las numerosas huelgas rurales, y por la otra, anticipaba que el Estado probablemente no permitiría victorias electorales del PCS, y que las masas estaban tan decididas a tomar el poder local que recurrirían a la violencia si eran defraudadas. Los líderes locales y los militantes, sin embargo, tomaron las elecciones muy en serio. Tal confianza en la victoria y las moderadas esperanzas de unas elecciones libres pueden dilucidarse en la siguiente carta fechada 1 de enero de 1932, la cual es dirigida al gobernador departamental por el candidato a alcalde de Ahuachapán del Partido Comunista, Marcial Contreras, un carpintero:

Priva en el Partido Comunista el buen deseo de portarse con cordura de demostrar a la faz del mundo entero que tienen disciplina y que no es una horda de salteadores ... El Partido se presentará correcto, se han prohibido las vivas y muertas y solo esperamos que las autoridades eviten que los otros partidos dirijan a los muchachos nuestros, palabras probocadores y hirientes, para lo cual sabemos perfectamente buscan ... poder en caso de un triunfo nuestro, alegar nulidades por violencia.¹⁴¹

Estas palabras eran verdaderamente presientes. Tres días después, las tropas obstaculizaron a los votantes

comunistas, evitando que emitieran su voto en Ahuachapán y otros sitios. Las estimaciones internas del PCS, respaldadas por observadores extranjeros, sugirieron que hubieran ganado en San Salvador y todas las principales ciudades occidentales.¹⁴² Cuatro días después, encendidas por el fraude y la manipulación electoral, y atizadas aún más por demandas económicas, las huelgas dieron rienda suelta en todo el occidente salvadoreño. Los huelguistas respondieron violentamente a la continua represión. En un desesperado intento de dirigir lo que consideraban una revuelta armada inevitable, el PCS tomó la decisión el 8 de enero de organizar una insurrección para el día 22. La Guardia Nacional, las fuerzas armadas y las “patrullas cívicas” aplastaron brutalmente la rebelión en el transcurso de los días siguientes, masacrando luego a miles de indígenas de la zona de Nahuizalco e Izalco, así como a miles de indígenas y ladinos que sospechaban eran “comunistas”, a través de todo el occidente y porciones del centro del país. Pero serían los “comunistas” los que serían recordados en la región occidental como “una pandilla de salteadores.”

Conclusión

En el presente artículo hemos procurado explicar el destacable éxito organizativo de la izquierda salvadoreña en el período comprendido entre 1928 y 1931. En primera instancia argumentamos que las debilidades presentes en la élite y en el Estado como ente hegemónico, condicionaron de manera directa el éxito del movimiento aquí analizado, así como la incapacidad del Estado para encontrar una solución reformista a la situación. La forma vertiginosa en que sucedió la transformación de la tierra y de las relaciones laborales hizo posible que el recuerdo de la pérdida de las tierras, así como el pasado próspero de los pequeños propietarios, se mantuviera latente en la memoria de los campesinos ladinos e indígenas. Más significativo aún resulta el hecho de que el auge cafetalero de la década de 1920, trajo consigo la creación de dos nuevos grupos sociales: un semiproletariado rural y el grupo de *colonos*. Ninguno de estos grupos

consideró como legítima la tenencia de la tierra por parte de esta élite vinculada al agro. En el caso de los *colonos*, los deteriorados y difíciles términos contractuales erosionaron cualquier sentido de legitimidad y lo que en algunos otros países de Latinoamérica formó un pilar en el orden social, en El Salvador se convirtió en un espacio de descontento y resistencia organizada.

La élite gozaba de un débil sustento ideológico sobre las clases bajas, urbanas y rurales. Los campesinos, principalmente los indígenas, manifestaron cierta lealtad hacia las élites, el Estado o la Nación en El Salvador —una condición profundamente arraigada en el proceso formativo del Estado-Nación a lo largo del siglo XIX—. ¹⁴³ Durante la década de 1920, fuertes corrientes nacionalistas de corte socialdemócrata, rivalizaron exitosamente con las formas elitistas del discurso político, erosionando aún más los clamores de la élite agraria por la legitimidad. El reformismo de clase media, a su vez, estaba ligado al discurso del mestizaje, el cual, a diferencia de otros países centroamericanos, tendió a estimular los movimientos de revitalización indígena. Al mismo tiempo, la transformación de algunas comunidades en La Libertad y Ahuachapán, alejadas de la identidad indígena, unida a la pérdida de la tierra, tendió a facilitar la comunicación con personas de otros lugares, en particular aquellos que pertenecían a la izquierda. Adicionalmente, a diferencia de otros países latinoamericanos, la élite salvadoreña no contó con la Iglesia cuya presencia fue extremadamente débil en la zona rural; en las zonas indígenas combatió las prácticas religiosas locales. Como hemos visto, en Ahuachapán, una corriente milenaria presente entre los campesinos ladinos, reforzó el rechazo hacia la dominación ideológica de la élite. Del mismo modo, las formas indígenas de patriarcado combinadas con el creciente acceso a las mujeres indígenas, exacerbaron las tensiones étnicas. Finalmente, el machismo predominante en la zona rural predispuso a los campesinos hacia la resistencia violenta en contra de la represión.

Concluiremos el presente artículo, con un análisis de dos documentos que permiten profundizar en el drama

de enero de 1932, abarcando problemas historiográficos más amplios acerca de la naturaleza de la rebelión. Dos años después de la insurrección y las subsecuentes masacres, un documento interno del Partido Comunista resumió los sucesos que siguieron a las elecciones:

Las huelgas en la zona occidental habían sido contrarrestadas por fuerzas bélicas y la huelga general no se llevó a cabo, el órgano superior mandó una comisión a donde el Presidente Martínez con el objeto de negociar, pero los que lo recibieron manifestaron que el gobierno decía que los campesinos tenían solo machetes, pero como ellos tenían ametralladores no aceptarían ningún arreglo: al darse cuenta de esto los occidentales se lanzaron a una batalla desorganizada; esto fue lo que provocó la insurrección...¹⁴⁴

Esta síntesis, sustentada por otros documentos, sugiere que la ola de huelgas post-electoral, una continuación de los movimientos de diciembre, en efecto formó parte de una estrategia *de facto* del PCS para arrebatarle concesiones al gobierno. El documento hace eco de otras explicaciones izquierdistas que argumentan que, fuera parte o no de una elaboración consciente, la intransigencia del gobierno de Martínez originó de manera directa la insurrección, dejando a la izquierda sin otra opción aceptable más que el movimiento. Empero, de forma más significativa, el autor, un sobreviviente de la represión de 1932, crea la categoría “los occidentales”, en referencia al movimiento de occidente, *in toto*: las bases de los grupos de trabajadores ladinos e indígenas, colonos y campesinos, así como la dirigencia local. Esta dinámica social emergió y se desarrolló durante los dos años que antecedieron al movimiento. En enero de 1932, los “occidentales” tomaron el escenario histórico, justo antes de que los militares y sus élites aliadas los enterraran en el olvido. Reducir estos eventos a una narración acerca del movimiento indígena y de un remoto e inefectivo liderazgo, o a la insurrección culminante del 22 de enero de 1932 a una *jaquerie*, es dejar sin significado al término “occidentales” y el movimiento que éste representó.

El 20 de enero de 1932, dos días antes de la insurrección, circuló un manifiesto del PCS que señalaba la

relación causal entre las elecciones y el movimiento armado de resistencia a la represión, y, aún más, arroja alguna luz sobre la mentalidad de los líderes comunistas:

Ladrones nos llaman a nosotros los trabajadores... se nos roba nuestro trabajo pagándonos un jornal miserable condenándonos a vivir en mesones cochinos o en cuarteles hediondos o trabajando día y noche en el campo bajo la lluvia y el sol. Somos calificados de ladrones por exigir el jornal que se nos debe, disminución en las horas del trabajo y en las terrajes que se nos debe que los ricos se quedan con casi toda la cosecha, robándonos el trabajo. A las calumnias agrega la muerte, los palos, las cárceles... hemos visto las matanzas de trabajadores y trabajadoras y hasta de niños y ancianos proletarios de Santa Tecla, Sonsonate, Zaragoza, y en estos momentos Ahuachapán. Según los ricos no tenemos derecho a nada, no debemos hablar ...En Ahuachapán después de que no dejaron votar a nuestros camaradas la Guardia por orden de los ricos los maltrató .. Valientemente nuestros compañeros de Ahuachapán están con las armas en las manos defendiéndose con las armas en las manos...¹⁴⁵

Este manifiesto revela en alguna medida la flexibilidad social y cultural del movimiento comunista y la claridad de comunicación entre las partes que la constituyen. A pesar de ser un documento escrito por la dirigencia del PCS, está sorprendentemente desprovisto de jerga ideológica y claramente relacionado con las experiencias comunes de los grupos receptores del mensaje. Los temas de honor y calumnia –“ellos nos llaman ladrones ... y roban nuestro salario” – resuenan y evocan con vehemencia las protestas por honradez hechas por el candidato a la alcaldía de Ahuachapán por el PCS. De manera similar, nos remite a la declaración del nahuizalqueño – “Los indígenas sabemos lo que los blancos no saben” y al testimonio del izalqueño rural que evidencia cómo las formas locales de conflictos étnicos jugaron un papel en la dimensión del respeto: “Ustedes no valen!”

Tras la larga noche de la represión, al volver la vista atrás repasando décadas de memorias traumatizadas, podemos divisar el surgimiento de un lenguaje común de protesta; un grupo de gente despreciada buscando nuevas formas de pensar y actuar. La insurrección fútil y la catástrofe subsiguiente, no deben impedirnos reconocer a

la movilización que precedió como un fugaz momento colmado de esfuerzos valerosos en busca de la emancipación humana.

Notas

1. A lo largo de este artículo utilizaremos el término occidente en referencia a los departamentos de Ahuachapán, Santa Ana, Sonsonate, La Libertad y San Salvador.
2. Las contribuciones más importantes en el análisis de la revuelta y sus orígenes son: Mario Salazar Valiente, David Alejandro Luna y Jorge Arias Gómez. *El Proceso Político Centroamericano: Ponencias de Mario Salazar Valiente, David Alejandro Luna y Jorge Arias Gómez*. San Salvador: Editorial Universitaria, 1964; Alejandro Marroquín. "Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador". En: *América Latina en los Años Treinta*, Pablo González Casanova, ed. México: Siglo Veintiuno Editores, 1970; Michael McClintock. *The American Connection: State Terror and Popular Resistance in El Salvador*. Londres: Verso, 1985; Thomas Anderson. *Matanza: The Communist Revolt of 1932*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1971; Jorge Arias Gómez. *Farabundo Martí*. San José, 1972; Rafael Menjivar. *Formación y lucha del proletariado industrial salvadoreño*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982; Rodolfo Cerdas Cruz. *La hoz y el machete: la Internacional Comunista: América Latina y la revolución en Centroamérica*. San José: EUNED, 1986; Rafael Guidos Vejar. *El ascenso del militarismo en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 1980; Leon Zamosc. "The Definition of a Socio-Economic Formation: El Salvador on the Eve of the Great World Economic Depression". Tesis de maestría, Universidad de Manchester, 1977; Alan Everett Wilson. "The Crisis of National Integration in El Salvador. 1919-1935". Tesis doctoral, Universidad de Stanford, 1969; Héctor Pérez Brignoli. "Indians, Communists, and Peasants: The 1932 Rebellion in El Salvador," eds. William Roseberry, Lowell Gudmundson y Mario Samper Kutschbach. *Coffee, Society, and Power in Latin America*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1995; Leon Zamosc. "Class Conflict in an Export Economy: The Social Roots of the Salvadoran Insurrection of 1932". En *Sociology of "Developing Societies": Central America*, ed. Edelberto Torres Rivas. Nueva York: Monthly Review Press, 1988; James Dunkerley. *Power in the Isthmus: A Political History of Modern Central America*. Londres: Verso, 1988; Andrew Jones Ogilvie. "The Communist Revolt of El Salvador, 1932." Tesis, Harvard College, 1970.
3. David Luna. *Manual de historia económica de El Salvador*. San Salvador, 1971; Víctor Bulmer-Thomas. *The Political Economy of Central America Since 1920*. Cambridge: Cambridge University

Press, 1987; Dunkerley. *Power in the Isthmus...*; Edelberto Torres Rivas. *Interpretación del desarrollo social centroamericano: Procesos y estructuras de una sociedad dependiente*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1981; Gerardo Iraheta Rosales, Vilma Dolores López Alas y María del Carmen Escobar Cornejo. "La crisis de 1929 y sus consecuencias en los años posteriores" *La Universidad*, No. 6 (1971), pp. 22-74, #755; Zamosc, "Class Conflict..." y Zamosc, "The Definition..."; Bradford Burns. "The Modernization of Underdevelopment: El Salvador, 1858-1931". *Journal of Developing Areas* 18 (3), (Abril 1984), pp. 293-316.

4. Para un análisis a profundidad sobre el régimen de Araujo y sus deficiencias, véase: Guidos Vejar, *El Ascenso del Militarismo*.
5. Para análisis de la revuelta que enfatizan en la participación campesina, véase: Italo López Vallecillos. "La insurrección popular campesina de 1932". *ABRA* 2 (13), junio 1976; Segundo Montes. "Levantamientos Campesinos en El Salvador". *Realidad Económico-Social* 1 (1), 1988; (aunque en su obra Segundo Montes. *El compadrazgo: una estructura de poder en El Salvador* [San Salvador: UCA Editores, 1979] enfatiza las relaciones étnicas); Segundo Montes. "El Campesinado Salvadoreño". *Revista Española de Antropología Americana* 11, 1981, pp. 273-84; Mario Lungo. *La lucha de las masas en El Salvador*. San Salvador: UCA Editores, 1987; Mario Flores Macal. *Origen, desarrollo y crisis de las formas de dominación en El Salvador*. San José: SECASA, 1983; Douglas A. Kincaid. "Peasants Into Rebels: Community and Class in Rural El Salvador". *Comparative Studies in Society and History* 29 (3), July 1987, pp. 466-94. En una obra más reciente, Paige (Jeffery M Paige. *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America* [Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997]) pone énfasis en la movilización de lo que él denomina el "pobretariado."
6. Véase Rodolfo Cerdas Cruz. *La hoz y el machete: la Internacional Comunista: América Latina y la revolución en Centroamérica*. San José: EUNED, 1986; Rodolfo Cerdas Cruz. *Farabundo Martí, la internacional comunista y la insurrección salvadoreña de 1932*. San José: Centro de Investigación y adiestramiento político administrativo, 1982; Benedicto Juárez. "Debilidades del movimiento revolucionario de 1932 en El Salvador". *ABRA* 2 (13), 1976; Aldo Lauria-Santiago. "Una Contribución Biográfica a la Historia del Partido Comunista Salvadoreño". *Revista de Historia* 33, enero-junio 1996, pp. 157-83. Erik Ching. "In Search of the Party: The Communist Party, the Comintern, and the Peasant Rebellion of 1932 in El Salvador". *The Americas* 55 (2), octubre 1998, pp. 204-39.
7. La producción historiográfica más reciente ha hecho énfasis en la participación de las comunidades indígenas: Erik Ching y Virginia Tilley. "Indians, the Military and the Rebellion of 1932 in

El Salvador". *Journal of Latin American Studies* 30, 1998, pp. 121-56; Erik Ching. "From Clientelism to Militarism: The State, Politics and Authoritarianism in El Salvador, 1840-1940". Tesis doctoral, Universidad de California, Santa Bárbara, 1997; Patricia Alvarenga. *Cultura y ética de la violencia: El Salvador 1880-1932*. San José: EDUCA, 1996; Pérez Brignoli. "Indians, Communists, and Peasants...". Relatos anteriores enfatizan el papel de los indígenas: Anderson, *Matanza...*; McClintock, *The American Connection...*

8. Según las estadísticas oficiales para el período, Sonsonate contaba con el mayor porcentaje de su población clasificada como "indios" (35%), Ahuachapán —otro departamento envuelto en el levantamiento— contaba con un 26%. En 1920, el promedio de población indígena a nivel nacional era de un 20%.
9. Anderson, en su trabajo clásico de la revuelta, resalta este punto. Anderson, *Matanza...*
10. Recientemente, nuevos estudiosos de la historia salvadoreña han proporcionado nuevos argumentos y materiales sobre este período. Eric Ching y Virginia Tilley se refieren a la etnicidad, la política y el estado en las décadas de 1920 y 1930, argumentando que después de la represión, la etnia indígena no fue tan diezmada como lo describen algunos comentaristas. "Indians, the Military and the Rebellion of 1932 in El Salvador". *Journal of Latin American Studies* 30, 1998, pp. 121-56. Se puede encontrar evidencia útil en: Harvey Levenstein. "Canada and the Suppression of the Salvadoran Revolution of 1932". *Canadian Historical Review* 62 (4), 1981, pp. 451-69 y McClintock, *The American Connection...*
11. "The Rural Proletariat and the Problem of Rural Proletarian Consciousness". En: *Peasants and Proletarians*, eds. Robin Cohen, Peter Gutkind, y Phyllis Brazier. Nueva York: Monthly Review Press, 1979, p. 191.
12. William Roseberry. *Anthropologies and Histories: Essays in Culture, History, and Political Economy*. Nueva Brunswick: Rutgers University Press, 1989. A diferencia de muchos otros casos de grupos nuevos que surgen del capitalismo agrario, estos dos se combinaron en una nueva clase con sus propias raíces geográficas.
13. Nuestra investigación confirma la insistencia de Wickham y Crowley en que la "pluralidad de condiciones sociales... puede producir campesinos revolucionarios" y no solo una configuración específica de las condiciones estructurales. La experiencia vivida en El Salvador confirma que los campesinos se rebelan y se combina una transformación económica perjudicial y se produce el debilitamiento de las redes entre patrón y cliente con la "desarticulación física de la tierra". Nuestros hallazgos van

más allá del pensamiento actual sobre las causas estructurales de la movilización agraria radical, a la vez que lo prueban y lo descartan, ya que confirma la sugerencia de Paige en el sentido de que los inquilinos que viven en las tierras como fuerza laboral ("siervos") están más propensos a participar en insurrecciones agrarias, y esto contradice la idea de que los pequeños agricultores tienden a ser reformistas. También se confirma la noción de que los aparceros y los trabajadores migratorios se asocian con los movimientos revolucionarios, pero este trabajo no comprueba la distinción que hace Paige sobre su disposición hacia la revolución socialista o la nacionalista. Este artículo señala la necesidad de observar la coexistencia e interacción tan complejas de las fórmulas sociales dentro de un mismo grupo de campesinos. Cabe destacar que la forma en que Wickham-Crowley usa la noción del juego suma cero, para explicar la razón de por qué en Cuba los precaristas apoyaron el movimiento revolucionario en los años de 1950, parece especialmente relevante para comprender la situación del El Salvador hacia finales de la década de 1920, ya que si se pudiera identificar un sentir que compartiera la mayoría de los participantes en la insurrección, sería el que todos los asuntos relacionados con la riqueza (tierra, trabajo, etc.) eran o se habían vuelto un juego de suma cero. Mintz (como ya se ha mencionado) hace eco a esta noción al referirse a los "tiempos malévolos". Jeffery M. Paige. "Coffee and Politics in Central America". En: *Crisis in the Caribbean Basin*, ed. Richard Tardanic. Newbury Park, Calif.: Sage Publishers, 1987, pp. 141-90; Jeffery M. Paige. "Social Theory and Peasant Revolution in Vietnam and Guatemala". *Theory and Society* 12 (6), 1983, pp. 699-737; Timothy P. Wickham-Crowley. *Guerrillas and Revolution in Latin America a Comparative Study of Insurgents and Regimes Since 1956*. Princeton, N.J.: Princeton University Press, 1991; Jeffery M. Paige. *Agrarian Revolution Social Movements and Export Agriculture in the Underdeveloped World*. Nueva York: Free Press, 1975.

14. Wallace Thompson, *Rainbow Countries of Central America*. Nueva York: E. P. Dutton & Co., 1924, p. 96.
15. *Ibid.*, pp. 98-99.
16. "Impresiones de un sabio alemán sobre El Salvador: notas de viaje del doctor Sapper," *Pareceres*, I (Diciembre 1, 1926), 3; citado en Wilson, "The Crisis," p. 30.
17. Thompson, *Rainbow Countries*, 94, 96, 99.
18. Frederick Palmer. *Central America and Its Problems; an Account of a Journey from the Rio Grande to Panama*. Nueva York: Moffat, Yard & Company, 1910, p. 110.

19. Frank G. Carpenter. *Lands of the Caribbean*. Garden City, N.J.: Doubleday, Page & Co., 1925, p. 114.
20. Alfonso Rochac. "Conferencia de Alfonso Rochac en San Pedro Sula". *Patria* 11, 9 oct. 1929, p. 3.
21. Lauria-Santiago. *An Agrarian Republic...*
22. Lopez Harrison. *Patria*. Agosto 10, 1931; *Revista de Agricultura Tropical* 1930 citado en Wilson, "The Crisis," p. 40.
23. Honduras sirvió de válvula de escape para las presiones agrarias en las regiones del norte y este de El Salvador. A mediados de la década de 1920 había miles de salvadoreños trabajando en Honduras, a pesar de que el occidente del país siguió recibiendo un número importante de trabajadores estacionales provenientes del este de Guatemala y que llegaban a coger café (Thompson, *Rainbow Countries*, p. 183). Wilson indica que había entre doce mil y sesenta mil salvadoreños en Honduras y que en algunos pueblos del país vecino, la población estaba compuesta por inmigrantes salvadoreños que alcanzaban entre 50% y 100% de la población total. Wilson, "The Crisis," p. 118.
24. Esto contrasta con el este salvadoreño, donde la comercialización no era tan intensa ni concentrada y la capacidad de acumulación de los terratenientes estaba mediada por el continuo control de los campesinos en la producción. En el norte de Morazán, una región en la que no había inversión significativa por parte de la clase más acaudalada, la artesanía tradicional y la producción comercial de cosechas de alimentos y de ganado se vieron beneficiadas por un periodo de aumento en la actividad y los precios, sin que peligrara o bajara el estándar de vida de la mayoría de los campesinos. De hecho, esta diferencia regional se ha visto como una explicación para la relativa calma del campesinado en el este salvadoreño durante los años que llevaron a los disturbios de 1932. Un artículo periodístico de 1932 citaba que las razones por la que no había comunismo en esa región eran el mayor acceso que los campesinos tenían a tierras más baratas, incluyendo las tierras comunales que quedaban, y los bajos costos de vida. "Por qué no existe el comunismo en el Oriente de la República". *Diario del Salvador*, 16 Abril 1932, p. 2; citado en: Carlos Gregorio López, "Tradiciones inventadas y discursos nacionalistas: El imaginario nacional de la época liberal en El Salvador, 1876-1932," (manuscrito, San Salvador, 2002), cap. 4.
25. S.L. Wilkinson, 25 April 1929, United States. Foreign Agricultural Service, USNA.
26. Rodrigo Buezo. *Sangre de Hermanos*. Habana: Editorial Universal, 1936, pp. 29-33.

27. Datos provenientes de cálculos preliminares basados en la versión impresa del censo de 1938 y de versiones manuscritas de los mismos datos que son más detalladas pero incompletas. Asociación cafetalera de El Salvador, *Primer Censo Nacional del Café* (San Salvador: Talleres gráficos Cisneros, 1940). Ver también Reynaldo Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate: Crónica del 32*. San Salvador, 2001, pp. 274, 280.
28. Esto hizo al colonato muy similar a la aparcería. Benjamin Muse, Narrative Reports. El Salvador, 19 Sept. 1924, United States Foreign Agricultural Service, USNA.
29. S.L. Wilkinson, 25 Abril 1929, United States Foreign Agricultural Service, USNA.
30. Uno de los efectos de la crisis fue que los bancos les negaron préstamos a los agricultores en 1931, forzándolos así a minimizar los desembolsos en efectivo. Por otra parte, la mayoría de los agricultores comerciales terminó la temporada de 1931 sin reservas en efectivo. A.E. Carleton, Cónsul estadounidense, extracto, Informe de Comercio e Industrias, 27 Enero 1931, United States Foreign Agricultural Service, USNA.
31. Ogilvie, "The Communist Revolt."
32. Tesis sobre la situación internacional, nacional y de la federación regional de trabajadores de El Salvador, Archivos del Comintern, Moscú, Fond 495 Opis 119 Delo 10 (la numeración corresponde a los archivos y no los documentos; en adelante citado de la siguiente forma: Comintern, 495/119/10), 27-8.
33. Entrevista con Margarita Turcios, El Guayabo, Armenia, 2001.
34. Uno de los notables de la zona recuerda que en 1931 hubo un acuerdo entre los empleadores de bajar los salarios. (Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*, p. 297). Entre 1929 y 1931 aumentó el desempleo rural y el urbano. A los personeros del gobierno se les giraron órdenes de levantar listas con los nombres de los trabajadores desempleados en las principales ciudades y a motivar a los empleadores para que los contrataran y alquilaran las tierras que no tenían en uso. Solo en la ciudad de Sonsonate, las listas incluían a cientos de trabajadores sin empleo. Ministerio del Trabajo al Gobernador de Sonsonate, Legajo de Cartas al Gobernador de Sonsonate, 8 Abril 1931, Archivo General de La Nación, El Salvador - Fondo Gobernaciones - Sonsonate (en adelante AGN-FG-SO). En el pequeño pueblo de Juayua, 400 trabajadores desempleados le pidieron ayuda al Presidente Araujo (Ogilvie, "The communist revolt," 53). Cuando Araujo ofreció alquilar parcelas en las haciendas del gobierno, llegaron 100 solicitudes por cada parcela disponible. Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*, p. 273. Ver también: Solicitudes de Lotes, 1931, AGN-FG-MG.

35. A.E. Carleton, Commerce and Industries Quarterly Report, 1931, 15 Aug. 1931, United States Foreign Agricultural Service, USNA. En las zonas más indígenas se reportaron salarios aun más bajos. Hector B. Llanes. "A History of Protestantism in El Salvador, 1896-1992". Ph.D. Diss, New Orleans Baptist Theological Seminary, 1995, p. 127.
36. Entrevistas con Raimundo Aguilar, Cusamuluco, Nahuizalco (1999); Pedro Lue (Sábana San Juan Arriba, Nahuizalco (1999); Esteban Tepas, Pushtan, Nahuizalco (1998); Alberto Shul, Nahuizalco (2001); Juan Aguilar, Ceiba del Charco, Izalco (2001); Sotero Linares, Las Higueras, Izalco (2001).
37. Aproximadamente 25% de la mano de obra adulta del país participó en la cosecha de café de 1929. Esta proyección se basa en los datos demográficos del país, el tamaño de la cosecha y los índices de productividad/mano de CEPAL, y otros, *Tenencia de la tierra y desarrollo rural en centroamérica*. San José: EDUCA, 1980, p. 172.
38. Thompson, *Rainbow Countries*, p. 178.
39. Arthur Brown Ruhl. *The Central Americans; Adventures and Impressions Between Mexico and Panama*. Nueva York: C. Scribner's and Sons, 1928, p. 204.
40. General Resume of Proceedings of H.M.C. Ships whilst at Acajutla, Republic of San Salvador, Jan. 23-31st 1932, FO 371/15814.
41. El propietario de una finca reconoció haber tenido más ganancias en su tienda que por lo producido en la finca. Las condiciones laborales y de vida en general se pueden observar en: Informe Sobre las Condiciones de Vida de los Jornaleros del Departamento, 1932, AGN-Fondo Ministerio de Gobernación (FMG)-SO. En medio de la crisis salarial y por desempleo de diciembre de 1931, la Asociación Cafetalera decía "no hay trabajo," pero continuaba reclutando trabajadores de Guatemala y Honduras para reducir el pago de salarios y desplazar a los trabajadores locales. A finales de diciembre de 1931 el gobernador hizo notar que a los grandes productores de café "les hacen falta jornaleros para colectar el café, siendo muy escasa la gente de que actualmente disponen, porque no han venido, como en otros años, trabajadores de las Repúblicas vecinas y que ni aun los moradores de otros departamentos que habitualmente van a las cortes han llegado..." Lisandro Larín J., Gobernador de Sonsonate, Carta al Alcalde de Sonsonate, 23 Dec. 1931, AGN-FG-SO.
42. Mayor G. S. A. R. Harris, Salvador Economic, No. 4000-b Degree of Economic Development, Report No. 14, San Jose, 22 Dec. 1931, Informes del Servicio Exterior, San Salvador, El Salvador, Estados Unidos. Department of State, USNA, RG84. El informe reveló además que la burguesía utilizaba la concentración de tierras como una forma de reducir los costos por mano de obra.

43. Los campesinos no eran los únicos que recordaban esto. Masferrer, el editor de *Patria*, escribió en 1928 que “hace cuarenta y cinco años la tierra del país estaba distribuída entre la mayoría de los salvadoreños, pero ahora está quedando en las manos de unos cuantos propietarios”. *Patria*, 29 dic. 1928, p. 1.
44. Este es el caso, por ejemplo, de las regiones cafetaleras de Usulután, donde la mayoría de los trabajadores provenían de otras regiones del país. Ver: Aldo A. Lauria-Santiago. “La historia regional del café en El Salvador”. *Revista de Historia*, 38, 1998.
45. Ver más información sobre la política local de los años veinte en: Patricia Alvarenga. “Auxiliary Forces in the Shaping of the Repressive System: El Salvador, 1880-1930”. In *Identity and Struggle at the Margins of the Nation-State: The Laboring Peoples of Central America and the Hispanic Caribbean*, eds. Aviva Chomsky and Aldo Lauria-Santiago. Durham, N.C.: Duke University Press, 1998; Erik Ching. “Patronage and Politics Under Martínez, 1931-1939: The Local Roots of Military Authoritarianism”. En *Landscapes of Struggle: Politics, Society and Community in El Salvador*. eds. Aldo Lauria-Santiago and Leigh Binford. Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 2004; y Erik Ching. “From Clientelism to Militarism: The State, Politics and Authoritarianism in El Salvador, 1840-1940”. Ph.D. Diss, University of California, Santa Barbara, 1997. En este último se encuentra un análisis de la relación entre la política local y la formación del Estado nacional.
46. De W. D. Robbins al Ministro de Estado, no. 103, 31 July 1929, Registros del Servicio Exterior Post, San Salvador, El Salvador, Department of State, USNA, RG84.
47. Diferentes aspectos de estas corrientes se muestran en Jeffery M Paige. *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1997; Luna, *Manual*; Dunkerley, *Power in the Isthmus*; Guidos Vejar, *El Ascenso*; Marroquín, “Estudio sobre la crisis;” Wilson, “*The Crisis*,”; Burns, “*The Modernization*”, pp. 293-316; Alvarenga, *Cultura y ética*, cap. 7.
48. En la siguiente protesta de 1913 se observa un ejemplo de liberalismo radical obrerista: “En países democráticos como El Salvador, donde la igualdad borra los límites civiles entre los ciudadanos...es injusto que algunas tareas las realice una sola clase social...los trabajadores, aquellos que trabajan la tierra son los que siempre han respondido en el servicio...incluso algunos residentes europeos de aquí van a Europa a servir en la milicia.” Los obreros también demandaban que el gobierno creara un sistema de reclutamiento militar “sin distinción de clases sociales ni económicas.” El servicio militar obligatorio, 1913, AGN-Fondo Impresos. Ver más información sobre la participación de los intelectuales en movimientos pro-unionistas, antiimperialistas y

reformistas en: Teresa García Giráldez, "El Unionismo y el Antiimperialismo en la Década de 1920," Sexto Congreso Centroamericano de Historia (Panamá, 2002). En López, "Tradiciones inventadas" se presenta una discusión amplia del obrerismo.

49. Ver más sobre el "Obrerismo" en Nicaragua en Jeffrey L. Gould. *To Lead as Equals: Rural Protest and Political Consciousness in Chinandega, Nicaragua, 1912-1979*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1990, caps. 1-3.
50. Casi la totalidad de la economía orientada a la exportación y las instituciones financieras de El Salvador estaban en manos de nacionales; esto facilitó el desarrollo del reformismo y el nacionalismo ya que los trabajadores, los artesanos, los pequeños burgueses y hasta algunos sectores de la burguesía agroindustrial coincidían, aunque brevemente, en un discurso de reforma que era posible gracias a la relativa ausencia de una fuerte influencia extranjera.
51. Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*, 329; *Diario de Ahuachapán*, 10 Julio 1928; Arias Gómez, *Farabundo Martí*.
52. Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*, 329.
53. *El Heraldo de Sonsonate*, 9 Enero. 1931, firmado Sandokao.
54. Choussy citado en Wilson, "The Crisis," 120-121.
55. *La Epoca*, 17 Junio 1931.
56. Ver: Karen Racine. "Alberto Masferrer and the Vital Minimum: The Life and Thought of a Salvadoran Journalist, 1868-1932". *The Americas* 54 (2), 1997, p. 225. El Vitalismo "capturó la imaginación de los humanitarios reformistas en todo el istmo" (225). Masferrer también asoció el reformismo social de esos años a su antiimperialismo. En uno de sus textos escribió: "Si se buscaran dos palabras exactas, aunque duras, para caracterizar la actitud mental y material de los pueblos centroamericanos ante los Estados Unidos, habría que escoger estas dos: imbecilidad y servilismo (...) Esta es la hora, tan honda y tan ancha es nuestra incompreensión, en que la inmensa mayoría de los centroamericanos no advierte, no sospecha siquiera, que Centroamérica está amenazada de absorción definitiva y total." Alberto Masferrer. "En la hora de crujir de dientes". *La Prensa*, 3 feb. 1927, p. 1; citado en Jaime Barba. "Masferrer, vitalismo y luchas sociales en los años veinte". *Región. Centro de Investigaciones*, (1997). Más información sobre Masferrer y *Patria* y su relación con movimientos reformistas más amplios en: Barba, "Masferrer"; García Giráldez, "El Unionismo"; Casaus, "Las Influencias de las redes intelectuales teosóficas en la opinión pública centroamericana (1870-1930)". Sexto Congreso Centroamericano de Historia (Panamá, 2002); López, "Tradiciones inventadas;" y en especial Racine's "Alberto Masferrer."

57. Ver más información sobre el movimiento estudiantil de la época en: Ricardo Antonio Argueta Hernández. "Los estudiantes universitarios y las luchas sociales en El Salvador (1920-1931)". Sexto Congreso Centroamericano de Historia (Panamá, 2002).
58. López, "Tradiciones inventadas," Cap. 3.
59. *Ibid.*
60. Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*, 149.
61. El Partido del Proletariado Salvadoreño jugó un papel crítico en conectar a Araujo con las fuerzas laborales. El PPS fue fundado por los líderes reformistas del FRTS expulsados cuando la izquierda tomó el control de la organización. La conexión de Araujo, con la fuerza laboral y los movimientos de reforma popular, data de 1910, luego de que organizara un intento para derrocar al régimen de Meléndez en 1922.
62. Las ciudades provinciales, y en especial Sonsonate y San Vicente, son buenos ejemplos de la alianza reformista entre las clases dominantes provinciales y los artesanos. En Sonsonate, además de contar con el apoyo de los sectores populares, el araujismo también contaba con apoyo de algunos de los terratenientes y empresarios de la región. En San Vicente, por otra parte, una coalición de artesanos y líderes trabajadores mantuvo el poder del municipio durante muchos años apoyados por la burguesía de la ciudad.
63. Los sectores que apoyaban el araujismo en sus inicios, como el Partido del Proletariado Salvadoreño buscaba la reforma agraria y un mayor gasto del gobierno en trabajos públicos y educación. En las semanas que siguieron a su victoria electoral, los campesinos empezaron a ocupar tierras en las haciendas del occidente salvadoreño. Ogilvie, "The Communist Revolt", p. 44; Alvarenga, *Cultura y ética*, p. 305; Casaus, "Las influencias"; García Giraldez, "El unionismo".
64. Gobernador de Sonsonate, Carta al Presidente de la República, 30 de mayo 1931, AGN-FG-SO.
65. Harold Finley al Secretario de Estado, Julio 8 de 1931, no. 537, estrictamente confidencial, Departamento de Estado, Registros del Servicio Exterior, San Salvador, El Salvador, Departamento de Estado, USNA, RG84; Iraheta Rosales, Lopez Alas, y Escobar Cornejo, "La crisis de 1929."
66. Para más información sobre el casi colapso administrativo del Estado durante este periodo, ver: Guidos Vejar, *El Ascenso*, y Wilson, "The Crisis".

67. Ver por ejemplo: Román Mayorga Rivas, "Los indios de Izalco, terruño salvadoreño". *Revista del Ateneo del Salvador*, 11, 1913, pp. 372-74. Un gobernador reformista hizo notar el "movimiento a favor del Indio" en toda "nuestra América" y se quejaba de que "Centroamérica, que en parte tienen un sedimento indígena considerable ha olvidado, ha descuidado totalmente la situación de sus indios." Él pensaba que "...el indio de ciertas zonas de nuestro país no es un problema, antes mejor significa una avanzada a la civilización." Rochac en *Patria*. Ver también López, "Tradiciones inventadas" para obtener más información sobre el trabajo etnobiográfico de María de Baratta y otras evidencias de esta nueva valoración de la cultura indígena.
68. Ver Jeffrey L. Gould. *To Die in This Way: Nicaraguan Indians and the Myth of Mestizaje, 1880-1965*. Durham: Duke University Press, 1998.
69. Miguel Angel Espino. *Prosas Escogidas*. 6a edición. San Salvador: UCA editores, 1995, p. 20.
70. Rochac en *Patria*, 3.
71. Lillian Elwyn Elliott. *Central America: New Paths in Ancient Lands*. London: Metheun and Co. LTD, 1924, p. 118
72. Mario Appelius. *Le terre che tremano, Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panama*. Verona: A. Mondadori, 1933, pp. 113-14. Durante la insurrección, los residentes de Nahuizalco informaron que los rebeldes gritaban "Vivan los indios de Nahuizalco!"
73. Entrevista con Andrés Pérez, Pushtán, Nahuizalco, 2001.
74. Entrevista con Marcos Bran, Cusamuluco, Nahuizalco, 2001.
75. *El Heraldo de Sonsonate*, 22 April 1931.
76. Patricia Alvarenga, "Los indígenas y el estado: Alianzas y estrategias políticas en la construcción del poder local (1920-1944) en *Memorias del Mestizaje*, eds. Darío Euraque, Jeffrey L. Gould, Charles R. Hale (CIRMA) 2003.
77. Gould, *To Die in This Way*, pp. 182-183.
78. Alvarenga, *Cultura y ética*, cap. 6; Alvarenga, "Los indígenas"; Ching, "From Clientelism to Militarism", capítulo 5.
79. Alvarenga, "Los indígenas."
80. Ver por ejemplo, *El Heraldo de Sonsonate*, 10 dic. 1929. El cacique indígena, José Feliciano Ama (colgado por la milicia en enero de 1932) llenó una petición de anular las elecciones, argumentando que personas no oriundas de Izalco habían votado. Ese fraude,

en sus palabras, “abre el camino a la imposición de capitalismo que sería fatal para los pueblos, cuando el yugo del capital, desde los puestos públicos oprimiera al empleado, al obrero, y al campesino.” El tipo de lenguaje y fecha de esta nota sugieren que el movimiento laboral rural desde su concepción 1929 tuvo una audiencia muy receptiva.

81. Reporte sobre actividades comunistas en El Salvador, Consulado Británico, D. Rogers to Grant Wilson, 16 Feb. 1932, UK Foreign Office 813/23 no. 24 238/13a.
82. Algunas de las complejidades del conflicto étnico y de la decadencia de las identidades indígenas en Izalco durante un anterior periodo se discuten en: Aldo Lauria-Santiago. “Land, Community, and Revolt in Indian Izalco, El Salvador, 1855-1905”. *Hispanic American Historical Review* 79 (3), setiembre 1998, pp. 495-534.
83. Entrevista con Sotero Linares, Las Higueras, Izalco, 2001.
84. Entrevista con Jesús Velásquez, San Luis, Izalco, 2001.
85. Entrevista con Fabián Mojica, Sonzacate, 1999.
86. Entrevista con Andrés Pérez, Pushtan, Nahuizalco, 2001.
87. Entrevista con Alberto Shul, Nahuizalco, 1999.
88. Entrevista con Dominga Sánchez, Pushtan, Nahuizalco, 2001.
89. Jeffrey L. Gould. “Revolutionary Nationalism and Local Memories in El Salvador”. En *Reclaiming “the Political” in Latin American History: The View from the North*. ed. Gilbert Joseph. Durham: Duke University Press, 2001.
90. Estamos haciendo la distinción entre las comunidades indígenas y las municipalidades con tradicionales formas de gobernar (usualmente por hombres mayores) como en Nahuizalco, Izalco, Cuisnahuat, y Santo Domingo (todos en Sonsonate) y otras comunidades compuestas por personas de diversidad étnica pero que no eran objeto de la forma de gobernar indígena.
91. Gould, *To Die in This Way*, p. 164.
92. Nulidad de Elecciones en Cuisnahuat, 5 May 1901, AGN-FMG-SO.
93. Hamilton Fyfe sustentó en forma amplia la unicidad del patriarcado indígena: “En los hogares indígenas prevalece el sistema patriarcal, la autoridad de los padres y abuelos se conoce y se respeta. Muchos atribuyen las buenas cualidades de los nativos a la disciplina que prevalecía en este sistema” “Salvador: una raza vigorosa en una tierra volcánica”. *People's of all Nations*, vol. 6, J.A. Hammerton ed. London: The Fleetway House, 1929.

94. María de Baratta y Jeremías Mendoza. *Cuzcatlán Típico Ensayo Sobre Etnofonía de El Savator, Folklore, Folkwisa y Folkway*. San Salvador: Ministerio de Cultura, 1951.
95. Carol A. Smith ha discutido persuasivamente que existen valores significativamente diferentes ligados a la sexualidad femenina dentro y fuera de las comunidades indígenas guatemaltecas. Carol A. Smith. "Race-Class-Gender Ideologies: Modern and Anti-Modern Forms". *Comparative Studies in Society and History* 37 (4), 1995.
96. Mario Apellius. *Le Terre Che Tremano*. Verona: Editore Mondadori, 1933, pp. 109-110.
97. Sarah Ziegler. "Wifely Duties: Marriage, Labor, and the Common Law in 19th Century America". *Social Science History* 20 (1), spring 1996, pp. 79-83.
98. Comunicación personal con Patricia Alvarenga quien llevó a cabo entrevistas con mujeres mayores en Nahuizalco en 1998.
99. Alejandro Dagoberto Marroquín. *Panchimalco*. San Salvador: Ministerio de Educación, 1959, pp. 194-5.
100. Smith, "Race-Class-Gender Ideologies."
101. Ruhl, *The Central Americans*, p. 203.
102. Sin evidencia para una conexión causal, no existe duda que los índices de ilegitimidad eran bastante altos.
103. Informe de la Visita Oficial a los Pueblos del Departamento, Gobernador de Sonsonate, AGN-FG-SO, 20 Sept. 1913.
104. Entrevistas con Alberto Shul (Nahuizalco), Ernesto Shul (Nahuizalco), Ramón Esquina (Tajcuillah, Nahuizalco), y Ramón Aguilar (Cusamuluco, Nahuizalco). Todos brindaron evidencia anecdótica de la relación entre la condición de ilegítimo y la participación en el movimiento.
105. Galindo Pohl, *Recuerdos de Sonsonate*, p. 318.
106. *Ibid.*, p. 356.
107. Entrevista con Andrés Pérez, Pushtán, Nahuizalco, 2001.
108. Entrevista con Salomé Torres, El Cacao, 2001.
109. Patricia Alvarenga, en *Cultura y Ética* and "Auxiliary Forces", examina los múltiples niveles de la coerción estatal hacia la sociedad campesina.
110. Resumen general de procedimientos de H.M.C. Barcos en Acajutla, República de El Salvador, Enero del 23 al 31 1932, FO 371/15814.

111. *La Prensa*, 29 enero, 1932.
112. Las fantasías acerca de la violación, con certeza, tuvieron una importante función en la masacre ya que los ciudadanos ladinos fueron convencidos de que los rebeldes iban a violar a sus mujeres y planeaban un matrimonio colectivo. De hecho, los rebeldes en Juayúa pusieron a las mujeres ladinas a hacer tortillas para sus tropas.
113. Carlos Figueroa Ibarra. "El 'Bolchevique Mexicano' de la Centroamérica de los veinte," (una entrevista con Hernández Anaya) *Memoria*, IV:31 (Sept-Oct 1990), p. 218.
114. Entrevista con Fabián Mojica, Sonzacate, 1999.
115. Figueroa Ibarra, "El Bolchevique Mexicano", pp. 217-218. En una entrevista con Mojica (2000) él declara que los mismos campesinos de los cantones de Izalco fueron a organizar a los trabajadores de las plantaciones del área de San Julián. Muchos de los residentes de las villas trabajaron en las plantaciones y regresaban a sus hogares cada dos semanas, en especial, durante las cosechas de café.
116. La Situación del El Salvador, 10 de junio de 1930, La Comintern 495/119/3. Entrevista con Fabián Mojica (Sonzacate, 1999, 2000), un carpintero de Sonzacate, quien fue organizador sindical rural en 1929 y 1930.
117. Informe del VI Congreso Regional Obrero y Campesino Constituyente de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador, 4 Mayo 1930, La Comintern 495/119/10, p.106, lamenta la falta de estadísticas acerca del número de militantes. "La situación actual de El Salvador," un documento interno de PCS, fechado en 10 de junio de 1930 brinda un informe parcial de la organización laboral rural: Santiago de Texacuango 400; Armenia 2500; Ahuachapán más de 1000; Nahuizalco 1703 (incluyendo 544 mujeres) Juayúa 600. La Comintern 495/119/3.
118. Varios reportes en los documentos de la Comintern pretenden enlistar toda la actividad huelguística. Muchos reportes y referencias del congreso de la FRTS en mayo de 1930 discute acerca de dos huelgas urbanas, una en una fábrica textil y otra en la compañía de agua. La Comintern 495/119/10, p. 60. En un momento, durante la etapa más importante de la cosecha de café de 1930, los trabajadores rurales en Jayaque se prepararon para la huelga, pero la FRTS los persuadió de realizar este movimiento, debido a la carencia que tenían tanto de organización como de recursos. En 1931 hubo dos huelgas en El Salvador, una que involucró a los choferes de buses y la otra a los trabajadores del calzado. No se reportaron huelgas rurales que escaparan de la tierra o que duraran más de un día hasta finales de 1931. Ver el reporte del "Camarada Hernández" (probablemente por Max Cuenca) durante la última parte de 1932 de La Comintern 495/119/4, p. 27.

119. "Actividad Comunista a desarrollarse ahora en San Isidro, Izalco," *Diario Latino*, 23 enero 1931.
120. Entrevistas con Ramón Vargas, Turin, 1999; Salomé Torres, *El Cacao*, Sonsonate, 2001; Manuel Linares, *El Cacao*, 2001; Miguel Lino, *El Tortuguero*, Atiquizaya, 2001.
121. Entrevistas con Miguel Lino, *El Tortuguero*, Atiquizaya, 2002, Miguel Jiménez, Santa Rita, Ahuachapán, 2001; Leonora Escalante, Santa Rita, Ahuachapán. El gobierno de Guatemala arrestó a Corado dos veces y lo envió a un asilo, la segunda vez en el momento más importante de las movilizaciones de enero de 1932. "Una virgen roja hacía milagros". *Excelsior* (México), 15 feb. 1932, p. 1; "Ingreso al Asilo de Alienados el Santo Ángel". *El Imparcial* (Guatemala), 6 feb. 1932, p. 1; Jorge Ubico to Jefe Político de Jutiapa (Telegram), 5 Feb. 1932, Jefaturas Departamentales, Archivo General de Centroamérica.
122. Los reportes por el alcalde y la policía acerca de reuniones nocturnas son muy extensos. Ver por ejemplo: R. C. Valdez, Alcalde de Izalco, Telegramas al Gobernador de Sonsonate, 13 Dec. 1931, AGN-FG-SO; Alcalde de Cuisnahuat, Telegrama al Gobernador de Sonsonate, 22 March 1931, AGN-FG-SO; Partes de policía, Departamento de Sonsonate, July-Sept. 1931, Archivo de la Gobernación de Sonsonate (AGS); Telegramas sobre elecciones y precios, 1930, AGN-FG-SO; Alberto Engelhard, Alcalde de San Julián, Telegramas al Gobernador de Sonsonate, 13 Dec. 1931, AGN-FG-SO.
123. Reporte de Cuenca, 495/119/4, p. 17; Informe del VI Congreso Regional Obrero y Campesino Constituyente de la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador, 4 Mayo 1930, La Comintern 495/119/10, p. 61. la Union Sindical de Proletarios de Ahuachapán protestó en contra de la represión de los trabajadores que han sido movilizadas "por no aceptar todas las injusticias por dicha señora...haciéndoles trabajar 18 y hasta 20 horas, pagar por el agua que se beben..." Informe por Anaya.
124. Ver un reporte de Jorge Fernández Anaya, 12 Agosto, 1930, La Comintern 495/119/12, p. 6. También ver las listas de arrestados de Nahuizalco e Izalco en agosto de 1930 en: Eladio Campos, Director de Policía, Informes al Gobernador de Sonsonate, agosto, 1930, AGS.
125. Ver por ejemplo, Acta 9, del Comité Central de PCS, 21 Nov. 1930, La Comintern 95/119/3 se refiere a las discusiones de insurrección entre los militantes en Sonsonate; La situación actual de El Salvador, Partido Comunista Salvadoreño, fechada el 10 de junio de 1930 menciona el deseo de los campesinos de "ir a las manifestaciones machete en manos..."

126. Informe Sobre el Salvador, Jorge Fernández Anaya a Alberto Moreau, Secretario General, de CPUSA, Departamento Colonial, 8 Set. 1930, La Comintern 495/119/, p. 10.
127. Carta de Ismael Hernández, Comité Ejecutivo SRI del Salvador al Secretariado del Caribe SRI, 29 Nov. 1931, La Comintern 539/3/1060, p. 8.
128. Carta de Ismael Hernández to the Secretariado del Caribe SRI, 29 Nov. 1931, La Comintern 539/3/11060, p. 9.
129. Las Ligas Rojas (1918-c1924) fueron una organización de masas vagamente estructuradas creadas y controladas por partidarios de las presidencias de la familia Menéndez-Quiñonez (1913-1927) con el fin de recolectar votos y atacar a los candidatos de la oposición durante los últimos años de la década de 1910, aún ellos reflejaron en muchas localidades un medio para negociar con facciones locales, en especial, líderes indígenas y la transmisión del patronazgo y la construcción de las redes del clientelismo. Las Ligas Rojas representaron para Quiñonez Molina un intento por apropiarse e incorporar la organización reformista entre los trabajadores y campesinos. Su campaña colocó a la “cuestión social” en el centro de su retórica. Él también envió una comisión a Méjico para estudiar las organizaciones laborales y su relación con el Estado. Ellos, aparentemente, no pudieron mantener el control y se disolvieron después de pocos años. Desde el lugar que ocupaban los eventos de 1932, un observador guatemalteco notó como las “masas” habían sido movilizadas, por reforma, desde que la campaña de Quiñonez en contra de Palomo en 1918, la cual vio una gran agitación y violencia en las zonas rurales. Ver: “En El Salvador: Origen del comunismo,” *El Liberal Progresista*, 9 Feb. 1932. Un autor rastrea los intentos del Presidente Carlos Meléndez de incorporar el apoyo de masas populares a 1915 (Castro Moran, Función política). Hasta cierto punto, la solidez y estabilidad del sistema “oligárquico” construido por la familia Melendez Quiñonez entre 1913 y 1927 ha sido exagerado grandemente. Más inestable en sus cimientos que en su cúspide, aún su control de su control presidencial experimentó serios desafíos en 1918 y 1922. Después de 1924 el declinar de su partido político oficial, el PND, reflejó un temprano desenmarañamiento de su sistema basado en el patronazgo. Ver: Juan Ramón Uriarte. *La esfinge de Cuscatlán*, El Presidente Quiñonez. México: Imprenta Manuel Sánchez León, 1929, y Arias Gómez. *Farabundo Martí...* Ver Patricia Alvarenga. *Cultura y Ética...* para una discusión bien documentada y una reinterpretación del papel de las Ligas Rojas. Erik Ching provee una amplia discusión de su papel pero desafía a la percepción clásica de las Ligas como una institución populista, encontrando, en cambio, al menos en algunas localidades, ricos terratenientes que controlaban los cabildos locales. Ching, “From Clientelism to Militarism...”

130. Los siguientes informantes también declararon: “querían quitarles las fincas a los ricos,” utilizaron una frase muy similar: José Antonio Chachagua, Achapuco, Ahuachapán, 2001; Isabel Miranda, Sacacoyo, 2001; Margarita Turcios, el Guayabo, Armenia, 2001; Cecilio Martínez, Ateos, 2001; Salomé Torres, El Cacao, 2001; Manuel Linares, El Cacao, 2001; Manuel Ascencio, Carrizal, 1998; María Hortensia García, Ahuachapán, 2001.
131. José Antonio Chachagua, Achupaco, Ahuachapán, 2001..
132. Carta de Ismael Hernández al SRI Secretariado del Caribe, 29 Nov. 1931, La Comintern 539/3/1060.
133. SRI, Comité Ejecutivo, Comintern 539/3/1060, p. 6.
134. La Situación Política, documento del PCS, 8 Oct. 1931, La Comintern 495/119/7, p. 11.
135. Carta de Ismael Hernández al Secretariado del Caribe SRI, 29 Nov. 31, La Comintern 539/3/11060, p. 8.
136. Roque Dalton. *Miguel Mármol y los sucesos de 1932 en El Salvador*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1982, p. 229.
137. La concentración urbana y suburbana de campesinos fue el resultado de las políticas estatales de mediados del siglo diecinueve así como las formas de asentamiento animados por la posesión colectiva y la administración de la tierra. Ver Lauria-Santiago, *An Agrarian Republic*, capítulo 4.
138. Reporte del Camarada “Hernández” (más probable el líder del PCS Max Cuenca), La Comintern 495/119/4, p. 36.
139. Reporte del Camarada “Hernández” (más probablemente el líder del PCS Max Cuenca), La Comintern 495/119/4, p. 39. Dos días después, la dirigencia en las seis plantaciones que eran posesión de la élite de la familia Dueñas, aceptó un incremento en los precios de las piezas de 20 a 30 centavos por el saco de café.
140. De acuerdo con el reporte de cuenca (p.38) Martínez envió invitaciones a “ todos aquellos que él consideró eran los líderes del PC en el occidente”.
141. Carta de Marcial Contreras al Gobernador Político de Ahuachapán, 1 enero 1931, Archivo de la Gobernación de Ahuchapán. Aunque tiene fecha de 1931, el contexto de las cartas aclara, extensivamente, que fue escrita en el Día de Año Nuevo en 1932.
142. El PCS, probablemente, en forma incorrecta, también asumió que ellos pudieron haber ganado en todo el país el 40 al 45 por ciento. Reporte de cuenca, 50. Existieron, al menos, otros tres partidos participando en la elección municipal (y luego del

Congreso, 10 de enero). El teniente Timoteo Flores, citado en una entrevista Diario de Hoy, 12 feb. 1967.

143. Lauria-Santiago, *An Agrarian Republic*, cap. 5 y Patricia Alvarenga, "Valiosos aliados, peligrosos enemigos: Las comunidades indígenas en la formación del estado, El Salvador, 1870-1932," manuscrito.
144. Legajo de Correspondencia a Julio Sánchez, 20 agosto 1934, p. 320, Archivo del Museo de la Palabra y la Imagen, San Salvador.
145. Manifiesto del Comité Central del Partido Comunista a Las Clases Trabajadoras de la República, 20 Enero. 1932, apéndice, Alcalde Otto Romero Orellano. "Génesis de la Amenaza Comunista en El Salvador". Centro de Estudios Estratégicos de las Fuerzas Armadas, San Salvador, 1994, p. 97.

